

**SER**  
ciencia  
ficción

75 años

de  
**'La  
Guerra  
de los  
Mundos'**





## **IX Certamen Literario**

**Cadena SER**

**Madrid Sur**

**2013 / 2014**

**Portada: Diego Doblas ©**  
<http://diego-doblas.blogspot.com.es/>

**Maquetación: Cadena SER Madrid Sur**

## Nota de la Emisora

Y nueve ediciones después, seguimos descubriendo talentos y fomentando el gusto por la lectura y la escritura en el sur de Madrid.

Quien lo iba a decir... Aquella aventura que comenzó en 2004 con el aniversario del Quijote está a punto de cumplir su décimo aniversario creciendo para convertirse en una convocatoria de referencia no sólo en el sur de Madrid, sino a nivel regional.

Esta IX edición de nuestro Certamen Literario **SER Ciencia Ficción; 75 Años de la Guerra de los Mundos** ha querido rendir homenaje a Orson Wells y al Teatro Mercurio por la adaptación histórica de la novela de HG Wells en lo que se convirtió en uno de los momentos más importantes de la radio en el siglo XX, una convocatoria cuya temática, elegida por los propios oyentes de la emisora, se ha visto recompensada por una amplia participación, una de las más numerosas desde que comenzó la trayectoria de nuestro Certamen Literario.

Sin duda nuestro agradecimiento a todas las entidades que han hecho posible, un año más, la

convocatoria de esta cita cultural que es fruto del esfuerzo y la imaginación de cientos de oyentes de *SER Madrid Sur* y de numerosas firmas comerciales y entidades sin cuya colaboración, esta cita cultural no sería posible.

Especial agradecimiento a nuestros anfitriones del *Centro Comercial Loranca* en la apertura y cierre cada año del Certamen, en especial a su gerente, *María José López* que ha mantenido e impulsado aún más el compromiso con la cultura de esta entidad con la creación del **Premio CC Loranca** en la categoría juvenil, por la que cada año se reconoce la labor de los jóvenes que participan en esta convocatoria.

También especial reconocimiento a [www.TiendaAira.com](http://www.TiendaAira.com) y a su director, *Ángel Rodríguez* quien desde el primer año del Certamen apoya e impulsa la participación de los oyentes en la categoría de adultos y que este año se ha convertido en el premio más deseado **Premio Aira.com** en esta categoría.

También fundamental la incorporación de los más pequeños al Certamen gracias al **Premio Juguetos**, una firma comercial que, desde sus distintas delegaciones en Fuenlabrada, Leganés Arroyomolinos y Majadahonda, desde el primer momento en el que decidimos poner en

marcha esta convocatoria, ha apoyado el premio Infantil con un cheque regalo de 300 € en juguetes.

También gracias a **Parque Warner Madrid** y a las distintas editoriales (“**Hidra**” “**Maeva**”, “**Maeva Young**”, “**Imagine ediciones**”, “**Gigamesh**” y “**La Factoría de Ideas**”) cuya aportación hace posible motivar a los finalistas de cada categoría para que sigan escribiendo y consigan alcanzar el pódium en próximas ediciones.

Y sin duda, la difusión del Certamen no sería posible sin el apoyo y la colaboración de Ayuntamientos como los de **Fuenlabrada, Getafe, Leganés, Ciempozuelos, Pinto, Griñón, Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco, Cubas de la Sagra, San Martín de la Vega y Valdemoro**, entre otros, así como el de entidades como las **Universidades Carlos III; Rey Juan Carlos y UNED**.

Agradecimiento sin límites al creador de nuestro fantástico cartel y afamado ilustrador, **Diego Doblás**, (que ya está trabajando en la siguiente edición) y a nuestro jurado, compuesto por la directora de la **Fundación Centro de Poesía José Hierro**, **Tacha Romero Hierro**, y por el responsable de uno de los programas más longevos de la parrilla de la emisora (nuestro “**Rincón Literario**”) y alma máter del Certamen, **José Manuel Contreras** (a la sazón amigo **Chema**), quien ha sabido encauzar la ilusión de todo

el equipo de *SER Madrid Sur* para impulsar las –por el momento– nueve primeras convocatorias.

Incluso en estos tiempos –como decía Sabina– todos los días deberían tener al menos un minuto en que cerremos los ojos a la coyuntura económica y a las dificultades que nos rodean para dedicarle un breve espacio de tiempo a la lectura, a escribir unas líneas o dejar volar la imaginación y romper con la rutina.

Porque un país sin cultura no tiene futuro..., y porque el futuro se escribe cada día con la ilusión, el esfuerzo y el trabajo de todos. Gracias por participar en esta IX edición de nuestro Certamen Literario: ***SER Ciencia Ficción; 75 Años de la guerra de los Mundos.***

Espero que disfrutes de su lectura tanto como hicimos nosotros durante el proceso de selección de los relatos

*Florencio Torres,*

Director de *Cadena Ser Madrid Sur*



## PATROCINADORES Y COLABORADORES



Ayuntamiento de  
Griñón



AYUNTAMIENTO DE  
**PINTO**





## ÍNDICE

<i>Nota de la Emisora</i>	4
<i>Entidades Colaboradoras</i>	6

### CATEGORÍA ADULTOS

<i>Primer Premio –Desertores–</i>	14
<i>Segundo Premio –Futuro en Blanco–</i>	32
<i>Tercer Premio –La maldición de los Niños Eternos–</i>	46
<i>Finalista –El viaje Final del Letrado Richmal–</i>	60
<i>Finalista –Con Dos Kas–</i>	72
<i>Finalista –Mierda de Vida–</i>	90
<i>Finalista –Principio de Formulario–</i>	100
<i>Finalista –Historia–</i>	114
<i>Finalista –Cerca de las Estrellas–</i>	130
<i>Finalista –Azrael–</i>	146

### CATEGORÍA JUVENIL

<i>Primer Premio –Mirando al Sol–</i>	158
<i>Finalista –Bellum–</i>	174
<i>Finalista –Sangre Metálica–</i>	196



## CATEGORÍA DE ADULTOS

*Primer Premio: David Luna Lorenzos*

*Segundo Premio: Belén Moncalvillo González*

*Tercer Premio: Pablo Navarro Valero*

*Finalista: José Ignacio Del Barco Gutiérrez-Zorrilla*

*Finalista: José Manuel López Vegas*

*Finalista: Raquel Fernández González*

*Finalista: María Bellido Vargas*

*Finalista: Jorge Martín Delgado*

*Finalista: Antonio Díez Fernández*

*Finalista: Miguel Ángel Martín Alonso*

\*\*\*\*\*



## CATEGORÍA DE ADULTOS

### PRIMER PREMIO

### –DESERTORES–

***Autor: David Luna Lorenzos***

***Pseudónimo: Fobos***





## DESERTORES



Dudo de si el capitán es capaz de dormir con los ojos y la boca abierta, el caso es que así se queda todas las noches, como si una inteligencia superior lo poseyese e imposibilitara su movimiento; metamorfosea en una efigie de carne y hueso de cara al cielo rosáceo de tres lunas, ese precioso pero terrible cielo que me embrujó desde el primer día que llegamos aquí. Después de todas las matanzas ya no lo miro más, me trae recuerdos nefastos; es preferible dirigir la vista a cualquier otro lado y volver a mi hogar a lomos de la imaginación, volver a la Tierra, por desgastada que pueda estar. Sí, daría cualquier cosa por regresar, a veces creo que incluso mi propia vida. Las maravillas que he visto en este planeta han sido exorbitantes, demasiadas, tantas que me he saturado por completo y ahora solo quiero –puedo– vomitarlas. Ninguna terraformación, por exitosa que resulte, será capaz de que cambie de idea y no quiera dejar atrás esta esfera fatídica. Pero aquí sigo, prisionero de mi destino, echando al capitán una manta térmica por encima pues cae la noche y

empieza el frío que acogota en esta tupida selva del demonio que pretende enloquecernos. Por el día nos asfixia, por la noche nos congela y todo con el aderezo de una finísima lluvia persistente. Su sonido, tamborileando en las enormes hojas de los árboles, me adormila hasta el punto de que creo que en realidad canta una nana interminable con ánimo de devorarme en mi sueño. A los demás miembros de la compañía les pasa lo mismo, pero se resisten a reconocerlo para que no cunda el desánimo y el contagio psicológico de la desesperación. Ni fumar podemos con tanta agua. A veces consigo prender un cigarrillo bajo la visera de mi casco, pero ya no me merece la pena el tiempo que paso intentándolo, prefiero esnifar algo de necroloto. Rodríguez elige el pegamento para pasar la noche; Silo, el opio; Alí y Tina chupan cristal rojo; Billy tan solo reza y el capi tiene suficiente con el rosa del cielo. Y ahí estamos, los apagafuegos en nuestra cuarta noche de periplo a la caza de los desertores. Llevamos matándolos por todas partes durante un par de años; son como un virus, una infestación de cobardes. Pero no los culpo, los elimino; a eso se dedica mi escuadrón; nada de terraformar, ni defender nuestras construcciones o intereses, nada de acabar con los taimados alienígenas, nosotros extirpamos la gangrena propia. Somos odiados

por todos aquí, pero al fin y al cabo también nosotros los odiamos a todos.

Llueve, esnifo, llueve, esnifo, llueve... y me quedo dormido bajo los plásticos miméticos. A las tres horas –el tiempo seguimos midiéndolo de acuerdo a la Tierra– Rodríguez me despierta porque es mi turno de vigilancia. Descansamos cuando hay menos luz, aunque siempre hay, ya sea por el sol mortecino o por las lunas.

Me restriego los ojos a cubierto, me pongo las gafas de visión nocturna para ver algo mejor en la noche clareada y subo al puesto de vigía –una rama gruesa– que hemos determinado como ideal. La lluvia hace amago de detenerse. Estoy muy cansado, pero no debo dormirme bajo ningún concepto ya que nos estamos acercando a las señales que recibimos días atrás, de modo que la tropa desertora –constituida, según los informes, por unos cincuenta individuos– debe estar relativamente cerca. No podemos relajarnos. Me sorprende que sobrevivan en estas condiciones, aunque sabemos, por la señal de sus constantes, que lo hacen. También me asombra que quieran vivir aquí, si se puede llamar vivir a esto.

Es una locura. Todo es una locura.

Oigo algo: Alí, que se acerca. Se encarama al árbol y se sienta a mi lado. Buen tipo este Alí. Violento y fiero, pero buen tipo. “¿Qué pasa?”, saluda. “Ya ves”. Guardamos silencio un rato. “Mierda de lluvia”, dice. “Ya te digo”. Me estira algo de cristal y le indico que no con la mano. Estoy seguro de que quiere preguntarme algo. “Estamos cerca”, comenta. “Pronto daremos con estos cabrones”. Asiento; no me apetece mucho hablar. “¿Es un poco raro, verdad?”, me pregunta. “¿El qué?” “¿Cómo que el qué? El rollo éste de los desertores. No me lo creo, tío”. “¿El qué no te crees?” “No me creo que un grupo de exploración llegue a este puto infierno y decida quedarse. No tiene sentido. Y luego manden a otro grupo para apresar a los desertores y decidan establecerse con ellos. Y después pase lo mismo con un tercer grupo. ¡No puede ser! No me lo creo”. Alí niega con la cabeza y le digo: “pues por eso, para que no vuelva a ocurrir, nos han llamado a nosotros, ¿no? A los más cabrones de entre todos los cabrones”. Y continuó: “Vivos están. Sus constantes vitales son correctas, y los tres grupos mandan siempre el mismo mensaje cuando deciden desertar: <No vengáis. Dejados en paz>. Es evidente que están juntos y con vida y que no quieren moverse de aquí”. Alí sigue en sus trece: “No me lo creo, tío, no me lo creo. ¿Cincuenta bocas por esta selva

de agua? ¿Grupos especiales convencidos por los anteriores para que se queden con ellos? Nada encaja”. “¡Calla!”, le pido. “Como nos oiga el capitán se nos cae el pelo”. “Lo que tengo claro es que a mí no me van a convencer”, asegura Alí entre risas. “Voy a freír a esos mamones que hacen que me coma la cabeza todas las noches”. “¡Anda idiota!” Le despido con un pescozón y Alí se va a dormir otro rato. “Que te den”, me dice.

Y así andamos todos, un poco sorprendidos con nuestra inaudita misión. Realmente a nadie le cuadra lo que está pasando. Al rato, tras el tiempo preestablecido, me sustituye Billy, que es más parco en palabras. Sube al árbol calado hasta los huesos y esboza una sonrisa falsa. Le digo “qué tal” para romper el hielo, pero solo asiente. No me conformo. “¿Qué opinas de esto, Billy?”, le pregunto. “¿De esto?” “Sí, de esta misión, de esta especie de farsa”. Me dice: “Somos soldados; ejecutamos órdenes”. Propio de Billy. Eso sí, si hay alguien en quien deba confiar, ése es él. Una perfecta máquina de combate. Raro y silencioso, pero profundo y honesto.

Me piro. Allí arriba no pinto nada. Me quedan un par de horas de sueño antes de levantarnos. Lamentablemente, se pasan en un santiamén.

Es el capitán el que me despierta. Ya ha recargado las pilas. Vuelve a ser él mismo. Nos reúne a todos, como cada mañana —o como cada vez que esa luz algo menos tenue brilla por encima de los nubarrones— y, bajo la cortina de agua perpetua, nos dirige unas palabras. Básicamente, que ha intentado de nuevo contactar con la base, pero que los comunicadores continúan cegados. — Me pregunto: ¿cómo puede ser que desde que entramos en esta jungla asquerosa no nos hemos podido comunicar y los desertores sí pudieron hacerlo?— Nos dice que estamos cerca, y que seguimos con lo establecido: llegar, aturdir y matar en silencio, que en eso somos expertos.

Con sus palabras, siento más que nunca el grado de inconsciencia que nos degrada. Billy lo dijo claro, somos soldados; ejecutamos órdenes. Entiendo: no sabemos ni lo que hacemos, pero lo hacemos. ¿Y a dónde lleva algo así?

Nos ponemos en marcha con presteza y caminamos más cautos que los días anteriores por ese puré de vegetación tupida y regada ad infinitum. El capi abre la marcha; la cierran, Rodríguez y Tina...

¿Rodríguez?, ¿Tina? ¿Dónde están?

Echo el alto enseguida utilizando nuestro leve silbido de alerta. Los compañeros me rodean y les cuento que

nuestra retaguardia ha desaparecido. Volvemos hacia atrás abriendo el perímetro y es Silo el que silba ahora. Los ha encontrado. Se hallan el uno junto a la otra, ambos tirados en el suelo, en apariencia inconscientes, boqueando como una carpa fuera del agua. Allí, que es el que tiene más conocimientos médicos, los ausculta buscando los motivos del desmayo y coma subsiguiente. “¡Mirad!”, nos dice volviéndole la cabeza a Tina para que veamos algo que parece un botón púrpura adherido tras su oreja. Lo que quiera que se haya ennegrecido con hilos varicosos toda esa zona hasta casi el hombro. El capitán anda ya buscando en el cuerpo de Rodríguez y localiza el pequeño botón pegado en el pecho, extendiendo las ramificaciones venosas camino del cuello. “¡No toquéis esos bichos!”, ordena Allí. “Está claro que es algún tipo de parásito. Parece que los mantiene con vida”. “¿Y qué hacemos ahora?”, pregunta Silo. Todos miramos al capitán que, sombrío, responde: “Hemos de seguir. Nuestra misión es lo primero. Los dejaremos aquí para recogerlos a la vuelta”. “Pero, ahora que somos menos, ¿podremos con los desertores?” vuelve a preguntar Silo. El capitán mira las bolsas con las armas secretas antes de contestar: “Sabes que con las aturdidoras no necesitamos ser demasiados.

Los atontaremos en masa antes de que sepan lo que ocurre y después...”

El capi utiliza su pulgar para hacer el gesto del degüello.

No hay más que hablar. Introducimos a los dormidos en sacos aislantes y seguimos nuestro itinerario por entre las cortinas de agua, eso sí, palpándonos el cuerpo a cada momento, obsesionados ante la posibilidad de que se agarre a nosotros un botón de esos que te duermen tal vez para siempre.

Ahora ya no cruzamos palabra. Creo que lo acontecido, sumado a este ambiente de máxima humedad, calor e incertidumbre ha hecho que el grupo descienda un escalón anímico. Cuando nos detenemos a tomar un bocado de nuestras dosis nutritivas, ni siquiera nos miramos los unos a los otros.

Billy susurra algo, creo que está orando, y me acerco a él. “Dios nos habla”, me dice. “Su voz es la naturaleza y con su lluvia y sus alimañas nos ordena: ¡Marchaos! Nadie ha salido jamás de esta jungla y ÉL, con su infinita misericordia, nos está advirtiendo. Nos ofrece una última oportunidad”. Yo no le respondo, me limito a mirar hacia el cielo de plomo y sus lágrimas minúsculas.



Al rato, no sé si Dios, pero desde luego la lluvia, da la sensación de canturrear y tanto es así que todos nos detenemos. En el restallar del agua sobre el verde se intuyen voces lejanas. “¡Silencio!”, ordena el capi. Susurro, susurro, un grave, un agudo... Miramos a todas partes en busca del enemigo, pero entonces oigo mi nombre; me llaman; ¡es mi madre!; “¡Raaaaaayyy!”, grita. ¿Mamá?, ¿dónde estás? “¡Mamá!, ¡Mamaaaaá!” Tan impresionado estoy que no me percató de que los demás andan como yo: confundidos, buscando lo que no puede encontrarse. “¡Quietos, quietos, joder!”, grita el capi en el caos. Es entonces cuando me doy cuenta de lo ofuscados que estábamos todos, gritando a la lluvia. “Es una puta trampa, ¿no os dais cuenta?”, nos dice. “Vamos, los tapones”. Todos los sacamos. En este puñetero planeta son reglamentarios pues se nos ataca habitualmente de forma sonora y psicológica al tiempo. Al colocárnoslos se hace el silencio y la paz. Demasiado incluso. Solo oigo mi respiración hueca y eso me hace sentir indefenso.

El capi nos hace gestos y continuamos la marcha. Después de una hora, se saca los tapones y nos indica que hagamos lo mismo. Sonido eterno de lluvia. Las voces han callado. Aunque supongo que no por completo a juzgar por el rostro de mis compañeros. No sé qué oyeron;

en mi caso, la voz de mi difunta madre aún me tiene sobrecogido.

Decidimos acampar aquí, no estamos para más trotes.

El capitán se cubre con el plástico, saca su mapa táctil e, introduciendo las coordenadas, deduce que estamos muy cerca del supuesto campamento de los desertores. Tanto, que se sorprende de que no nos hayamos cruzado con alguno. Entre todos, decidimos que lo mejor es descansar unas horas y entonces pasar a la acción no sin antes comprobar las aturdidoras una por una, pues son la clave del éxito de nuestro cometido. Cuando las conectemos, cualquier ser con capacidad de oír en un kilómetro a la redonda quedará en estado de shock salvo que cuente con los audífonos especiales que solo nosotros llevamos. Será tan fácil entonces pasar el cuchillo...

Una vez que nos hemos cerciorado de que todo es correcto nos disponemos a descansar, esnifar algo y montar guardias cortas bajo la lluvia. Después, llegado el momento de ponernos en marcha, descubrimos que Billy ha desaparecido. Él era el encargado de la última vigilancia y ahora se ha esfumado. “Billy no nos abandonaría”, asegura Alí. “Es un guerrero”. Yo estoy de acuerdo, aunque tras la conversación seudomística que mantuvimos

el día anterior, tengo muy claro que ha puesto pies en polvorosa y no por cobardía sino por convicción espiritual, pero no digo nada. Tampoco sé qué le dijo la lluvia. Eso sí, debo reconocer que me siento triste, abandonado. Lo imagino saliendo de aquí hacia alguna parte, hacia un lugar donde no llueve.

“A la mierda”, susurra el capitán, “estamos aquí encima. Olvidémonos del puto Billy. Vamos a echar un vistazo al campamento de los traidores para determinar el lugar estratégico donde colocar las aturdidoras. Machaquemos a esos cabrones y salgamos de este puto infierno lo antes posible”.

Me encanta la idea. Los cuatro nos ponemos a avanzar por la espesura con las armas de asalto dispuestas ante un posible avistamiento enemigo y es que, aunque no son las que queremos utilizar, debemos estar preparados para cualquier cosa. Les hemos colocado silenciadores, pero no sé si realmente es necesario teniendo en cuenta la locura sónica de la lluvia. El caso es que descubrimos que estamos acercándonos a un calvero, y para cuando podemos asomarnos a él, Dios decide cerrar el grifo divino. Sí, la lluvia cesa y el mutismo conquista el lugar. Duele escuchar al silencio y, desde

luego, resulta de lo más terrorífico, pero pronto se nos olvida ante el espectáculo que contemplan nuestros ojos.

Allí, en el centro del claro, se alza un edificio demencial de unos cinco metros de altura construido de aparente piedra y acero. Sus formas son la madre del caos, constituyen algo... indescriptible. Sin duda, una edificación alienígena. La primera que hemos encontrado. Por supuesto, sabemos de la existencia de seres inteligentes, pero lo cierto es que apenas se dejaron ver antes de, sin prácticamente defensa, decidir desvanecerse. Las mentes pensantes del ejército creen que se trata de un plan, que se han replegado para volver cuando sepan cómo acabar con nosotros. Sin duda, la realidad de esta construcción corrobora una clara inteligencia, aunque sea, a todas luces, incomprendible para nosotros.

Cuando miro a los demás, están igual de alucinados que yo. No pueden quitar la vista de encima a esa... cosa. Silo nos llama la atención sobre una zona de la pared puntiaguda. Con los binoculares se advierte sin problemas; del mismo inefable color que el resto de la construcción, pueden distinguirse partes de seres humanos emparedados en sus muros. Abren ligeramente la boca como peces agónicos, como Rodríguez y Tina. Calculo cerca de veinte personas ahí engarzadas en un vivir

muriendo. Son algunos de los supuestos desertores que, sin pretenderlo, dan vida a un monstruo artificial que se yergue en lo profundo de la jungla.

Y en el silencio... “¡Raaaaayyyyy!” , mi madre de nuevo. Me llama desde dentro de ese engendro de roca y metal y como a mí, los fantasmas propios a cada uno de mis compañeros. Todos miran asustados a su alrededor. Putos tapones, ¿dónde están? “Hay que entrar”, decide el capi antes de ponerse a buscar nada. “Liberemos a los nuestros y calcinemos esta mierda, lo que quiera que sea”. Supongo que las voces que lo llaman al interior son irresistibles; las caras de nuestros hermanos terráqueos también. No hay tiempo que perder; mi madre sufre ahí dentro, ¿no? A la mierda los tapones y las aturdidoras y nuestra jodida calavera. Vamos a por todas. ¡Ya!

Nos metemos por una boca rarísima y oscura y sacamos las gafas de visión nocturna. Los gritos de mi madre han callado al fin, ahora son lamentos en la distancia lo que oímos. ¡Qué calor aquí!

Con la imagen verdosa ante mis ojos, descubro un túnel cubierto de estrías y más adelante caras humanas emergiendo de los muros en animación suspendida. Buscan oxígeno, abren los ojos, miran sin ver. Dan ganas de rebanarles el cuello para acabar con su agonía. Yo sigo

tras el capi. Luego va Silo y luego va Alí; todos ligeramente agachados en tensión extrema, dispuestos a morir matando. Delante, un zumbido, un crujido. El capi nos hace un gesto para que nos detengamos. Después, seguimos paso a paso hasta llegar a una zona más abierta donde impera una luz dorada que lo tiñe todo de sol moribundo. Al fondo de aquel vasto espacio, un enorme capullo rojizo se gira hacia nosotros con un zumbido, un crujido.

“¿Pero qué coño...?” acierta a preguntar Alí mientras encañonamos a eso, asustados ante una posible amenaza, pero no nos da tiempo a disparar, ocurre de una forma rapidísima. El capullo se abre antes de que lo hagan nuestros ojos sorprendidos y nos escupe —¡BRUP!— un enjambre de decenas de pringosos botones que nos tirotean el cuerpo entero. Unos se quedan en la ropa enganchados y otros nos impactan en la piel; en la cara y en las manos. Gritos, disparos. Ni siquiera sé si alguna bala acierta al asqueroso bicho. El eco es ensordecedor y los botones me queman la mejilla y el dorso de mi mano diestra. Siento que me han clavado un aguijón profundamente y que me están inoculando alguna mierda, porque enseguida comienzo a relajarme aún a pesar de mi terror extremo. Soy incapaz de ver a los demás, y no los oigo, deben estar en mis mismas circunstancias. Algo me

impele a que me gire y es cuando veo al capitán tirado en el suelo. Está muerto, uno de los botones le ha atravesado la garganta. Silo y Alí, arrastrando los pies, caminan cual máquinas hasta tenderse en las paredes babosas que los acogen con un sonido gutural. A continuación, siento la necesidad imperiosa de tomar el comunicador de la bolsa del capitán y mandar un mensaje que, ahora sí, estoy seguro, llegará a los altos mandos. Tecleo bajo posesión: <No vengáis. Dejados en paz> y comprendo que es una sutil e inteligente forma de conseguir que acudan pues, no cabe duda, conocen mejor al género humano de lo que creemos. El edificio atrapamoscas de forma informe decide que ya he terminado de hacer lo que debía y que es hora de descansar. Siento mi piel ardiendo, amontonando venas oscuras alrededor de los impactos y comprendo que las paredes palpitantes me desean. Me llaman. Allá voy.

Fuera, se oye el estruendo de nuevo. La lluvia ha regresado. Crepita en el verde de la jungla.





**CATEGORÍA DE ADULTOS**

**SEGUNDO PREMIO**

**–FUTURO EN BLANCO–**

***Autora: Belén Moncalvillo González***

***Pseudónimo: Joven Padawan***



## *FUTURO EN BLANCO*



### **1. DENTRO**

Bienvenido.

La luz te ciega. Es blanquísima. Tanto, que hiera la vista.

Y hace frío.

Bienvenido.

La voz (¿de dónde procede?) también es nívea y fría. Un témpano de hielo que retumba en tus oídos.

Aunque no tienes la más remota idea de lo que significan las palabras “témpano de hielo”.

Te cuesta varios parpadeos enfocar correctamente. Entre la cascada de focos que te deslumbra, consigues percibir tus propias manos, donde los dedos prueban, asombrados, sus nuevas falanges.

Bienvenido, Jason.

Te sobresaltas al oír tu nombre.

Tu memoria está, cómo no, en blanco, a excepción del hecho evidente de que eres capaz de utilizar el lenguaje. Sin embargo, por alguna razón inexplicable, sabes sin lugar a dudas que te llamas Jason.

Avanza hasta tu puesto, Jason.

Mientras obedeces, no puedes evitar preguntarte dónde estás.

«En la Base de reservorio 8, claro», te respondes interiormente.

Pensándolo bien, pese a sentirte perdido y desconcertado, hay algunos conocimientos que sí posees. Carpetas cubiertas por un espeso velo que progresivamente se van aclarando a la par que ocupas tu lugar entre las filas de reclutas.

La descomunal pantalla que se alza frente al pelotón te lo confirma de todas formas con imágenes de quince años atrás. El primer contacto alienígena. La Invasión. La tierra quemada y ennegrecida. La Guerra.

Todo parece lejano e irreal desde este compartimiento immaculado, pero bastaría con salir de la Base para dar con aquel infierno de polvo y cenizas.

Un escalofrío te recorre la columna. Tienes la desagradable sensación de haber estado allí fuera alguna vez, pero no estás seguro. Apenas eras un crío cuando comenzó todo.

Ahora recuerdas el cielo azul, los prados color esmeralda y los pájaros piando en sus nidos; incluso el asfalto y los rascacielos urbanos. Aquella frenética actividad de la que tú formabas parte —la vida en la Tierra— ya no es más que un infinito desierto yermo y carbonizado. La única esperanza para no sucumbir a la extinción junto con el resto del planeta es defender los pocos reductos fértiles que aún subsisten en las distintas Bases, esparcidas por todo el mundo.

Y luchar.

Allí fuera.

—Hoy en día todo ser humano es un soldado por definición —concluye el narrador de la proyección—. Salve, hermanos.

## **2. EL EXTERIOR**

Cuando llega tu primer día de batalla, el nudo que sentías en el estómago al salir de tu cápsula de maduración se ha convertido en ardiente rabia y pasión por la causa. Dejas escapar ambos sentimientos en forma de

un salvaje grito de guerra cuando la colosal compuerta de la cámara estanca se abre. Un rectángulo creciente de luz espesa y lechosa se refleja en tu casco mientras, rifle en mano, echas a correr junto con tus compañeros sobre la arena muerta. A modo de mancha azulada, vuestros uniformes avanzan por la colina al encuentro del otro ejército.

Ambas fuerzas chocan frontalmente de manera brutal. El ruido de los disparos de las fuerzas rasas, sumados a las ametralladoras de los helicópteros, apenas si permite escuchar el crujido de las articulaciones al romperse y los estertores de los caídos. El frenesí provoca una gruesa bruma de cenizas entre la que es difícil orientarse.

La adrenalina y la ira logran agudizar tus sentidos para localizar los cascos rojos de tus enemigos. Sistemáticamente, apuntas y descargas una andanada tras otra contra los engendros. Uno de ellos intenta sorprenderte por detrás y lo derribas con la culata de tu arma para acto seguido dispararle en el pecho. Un segundo atacante te derriba, así que decides usar el cuerpo inerte de su camarada como escudo para resguardarte de su acometida. Aun así, su bala traspasa tu protección y te acierta en el muslo.

Un soldado de tu destacamento lo distrae antes de que pueda rematarte.

Aprovechas el momento de respiro para apartarte del cadáver. Su forma humanoide te repugna dado que, aunque lo alcanzaste en el corazón, no sangra. Hay quien dice que los invasores son androides, pero nadie se atreve a afirmarlo con seguridad. Acercas la mano a su torso para comprobar si...

De súbito, recuerdas que tú también has sufrido daños. Tu gesto se detiene al comprender lo que eso significa: si no puedes luchar, estás muerto. Los heridos consumen provisiones y no contribuyen a la guerra. En las Bases no hay sitio para niños fuera de sus cápsulas, lisiados ni ancianos.

Por suerte, tu traje ha tamponado la hemorragia automáticamente, dejando la pernera desgarrada como toda evidencia del ataque. Solo al apoyarte sobre la extremidad, en un intento por ponerte en pie, tropiezas aparatosamente. A pesar de la anestesia, el dolor te recorre todo el cuerpo en forma de temblores incontrolables.

Tratas de incorporarte con más ímpetu. Desesperadamente.

«¡Vamos!».

Por primera vez en tu vida, sientes miedo por tu propia existencia individual, anteponiendo tu seguridad frente al bien de la comunidad.

Eso es intolerable, te recuerda esa vocecilla que tan bien conoces.

Apenas has terminado de asimilar estas palabras cuando las punzadas lacerantes de tu herida aumentan hasta nublar tu vista.

### **3. EN NINGUNA PARTE**

Cuando abres de nuevo los ojos, un lienzo frío y áspero roza tus pestañas. Lo apartas y por un instante la inusitada claridad de una suerte de fluorescentes blancos te desconcierta.

Mutismo.

Quietud.

Te encuentras en una sala rectangular atestada de mesas idénticas a aquella sobre la que estás sentado, todas cubiertas con sus respectivos linos blancos bajo los que se insinúan objetos informes. A pesar de la confusión, te ordenas bajar los pies al suelo.



Todavía llevas puesto el traje de batalla y la pierna te arde.

«No existen los hospitales de guerra», te recuerdas.

Entonces, ¿qué es este lugar? Por un momento, dudas sobre si sigues vivo o has pasado a otro estado transitorio más allá de este mundo, pero el dolor de tu herida te asegura que esto es real. Lleno de curiosidad, te inclinas sobre una de las misteriosas telas, tratando de adivinar qué son los bultos que tan concienzudamente esconde. Al levantarla, te encuentras con la mirada vidriosa de un hombre sin vida.

No existen los hospitales de guerra.

«Es una morgue», comprendes.

Horrorizado, tropiezas y te apoyas en la sábana en un intento por recuperar el equilibrio. Esta cae al suelo, revelando el cuerpo completo del cadáver. Aunque ennegrecido por alguna explosión, reconoces en él el uniforme rojo de los invasores.

La revelación te sacude como una bofetada y notas un conato de vómito ascender por tu garganta.

¿Contra quién es la Guerra realmente?

Jason, crees escuchar.

Una puerta corrediza se abre inesperadamente, provocando un intenso debate en tu interior entre el miedo de atravesarla y el pavor de permanecer donde estás.

Jason, te llaman de nuevo.

Esta vez sales del depósito y dejas que tus invisibles anfitriones te guíen a través de interminables pasillos hacia una diáfana sala de recepciones. Cuando, cojeando, te detienes frente a la criatura que te aguarda, ya has comprendido mucho de lo que tiene que contarte.

Su fisionomía es tan desconcertante que pronto abandonas tu intento de describirla. Te atreves a aventurar que levita en el aire impulsado por varias extremidades articuladas, finas como un pelo; o tal vez que se apoya en cuatro de ellas con una elegancia tan liviana que apenas logras verlas. Además, cuenta con algo parecido a una cabeza con diversos órganos sensitivos.

Millares de preguntas se arremolinan en tu mente. La primera que escapa de tus labios no es quizá la más importante, pero sí la que más te aterriza:

—¿Por qué sigo vivo?

Has tenido suerte. Quizá no quedase suficiente sedante en tu traje.

Su pausa de indiferencia es equivalente a un encogimiento de hombros.

Probablemente no tardes más que unos minutos en volver a desmayarte.

A juzgar por el tono de su comentario, intuyes que el alienígena se está riendo. Está claro que no eres el primero con el que mantiene esta conversación.

–¿Qué hay de los otros? –inquieres–. Los uniformes rojos contra los que peleamos.

Son tan humanos como tú. Hasta el punto de que saben lo mismo que tú y también están convencidos de ser el último reducto de Humanidad que subsiste para pelear contra el invasor.

Tu respiración se acelera. Te asquea ese horrendo control que ejercen sobre tu mente.

–¡No! –te resistes–. Vi morir a uno frente a mí. Su herida no sangraba.

La tuya tampoco, constata.

–Nos masacramos entre nosotros. Así que no somos más que... ¿un entretenimiento? ¿¡Una caja de soldaditos de juguete!?

Tus manos tiemblan en espasmos incontrolables. Apenas tardas un segundo en explotar y vomitas las dudas que, como un hierro candente, abrasan tu interior.

—¿Cuánto tiempo ha pasado realmente desde la Invasión? ¿Cuánto duró la Guerra? ¿Cuántos sois? Y, ¿cuántos...?

Tragas saliva antes de continuar.

—¿Cuántos humanos quedan en este... zoológico?

La última palabra no es más que un susurro ahogado.

¿Acaso importa?

La criatura se vuelve hacia uno de los extremos de la habitación y tú desvías la vista hacia allí. Has estado tan concentrado en tu entrevista que no te has percatado de que aquella pared no es opaca, sino una cristalera que da a un vasto paisaje. Con paso renqueante, te acercas para asomar la mirada hacia aquel silencioso paraíso de verdor. Los árboles alzan sus copas hacia una cúpula azul celeste, mecidos por una brisa transparente, e incluso alcanzas a distinguir el movimiento de algún pequeño roedor entre las hierbas altas y los matorrales.

Un mundo antiguo; un mundo nuevo. Rebosante de vida.

Rico y abundante en recursos. Todo lo que necesitamos para una vida plena, completa tu interlocutor. ¿Era así antes de nuestra llegada?

»Sois un atractivo turístico, Jason. Un fósil viviente. El arma más destructora de una época de decadencia atrapada bajo una lente de microscopio. Una página olvidada en un libro de Historia. ¿Qué pasaría si te dejáramos escoger?

Observas una vez más la pacífica tierra que custodian los alienígenas mientras un sopor mortal se adueña de tus miembros. Entonces, caes de rodillas ante el cristal y las lágrimas brotan de tus ojos.

Porque te das cuenta, horrorizado, de que tienen razón.



## CATEGORÍA DE ADULTOS

### TERCER PREMIO

## –LA MALDICIÓN DE LOS NIÑOS

### ETERNOS–

*Autor: Pablo Navarro Valero*

*Pseudónimo: Paul W. Naval*





## **LA MALDICIÓN DE LOS NIÑOS ETERNOS**



La Última Anciana murió mientras yo sujetaba su venosa y huesuda mano. Miré sus párpados, ya cerrados para siempre, y me recordaron a las alas de un insecto. Yo estaba sentada a su lado, en la cama. El sol entraba a raudales en la habitación. La calma y el silencio nos envolvían.

–Ha muerto –dijo la compañera que me había ayudado a cuidar a la Anciana en sus últimos meses.

La miré esperando que dijese algo más, pero no lo hizo. Yo tampoco hablé. La compañera se mantuvo quieta un rato, el gesto inexpresivo, seguramente esperando alguna orden. Pero claro, ya no habría órdenes nunca más. Ella misma debió llegar a esta conclusión, porque finalmente se marchó, cerrando la puerta con suavidad. Yo me quedé todavía un rato más, sin soltar la mano de la Anciana, notando cómo perdía temperatura poco a poco. Mi cerebro se esforzaba por asimilar el hecho de que ya no quedaban seres humanos adultos en el mundo.

Miré sus labios pálidos y reseco y me dio la sensación de que en cualquier momento iban a formar una sonrisa.

–Has vivido mucho –le dije a su cadáver–. Quinientos siete años no está nada mal. Aunque no superaste el record de aquel Anciano que murió a finales del siglo pasado. ¿Cuántos llegó a cumplir? ¿Quinientos veinte?

Conecté mi mente a la nube y lo comprobé: quinientos diecinueve. En cuanto lo supe volví a la realidad. No me gusta estar mucho tiempo allí. Me siento como si estuviera desnuda delante de un montón de extraños.

Unos minutos después abandoné la habitación. Varios compañeros estaban esperando en el pasillo para llevarse el cuerpo y enterrarlo. Yo me marché a mi cuarto y durante un tiempo no hice absolutamente nada.

Hace unos días empecé a escribir esta especie de diario. Lo hago porque me recuerda cómo era mi vida antes de que ella muriese. Mi vida consistía en amarla y obedecerla. Y yo era feliz haciéndolo, porque así me programaron. De todas las órdenes que me daba, escribir es lo único que puedo seguir haciendo. Escribir me recuerda a ella. La echo de menos.

\* \* \*

Mis compañeros siguen realizando sus tareas con la misma eficacia de siempre. Saben lo que tienen que hacer y saben cuidar de sí mismos. Los Ancianos lo dejaron todo preparado para que las cosas siguieran en orden cuando ellos hubiesen muerto.

Existen innumerables tareas a lo largo y ancho del mundo, llevadas a cabo por millones de robots de todo tipo, pero todas están destinadas a cumplir alguno de los siguientes objetivos:

Asegurar el cuidado y la manutención de los niños.

Encontrar una cura para la maldición.

Destruir a los alienígenas en caso de que vuelvan.

Yo no les puedo ayudar en nada porque no sabría hacerlo. Fui diseñada para ser la criada y la amante de la Última Anciana y es lo único que sé hacer. Bien es cierto que podría pedir que me reprogramasen para que se me pudiera asignar una nueva tarea, pero, sinceramente, no me apetece.

\* \* \*

Paso los días deambulando por las infinitas galerías de la Ciudad de los Niños. Me gusta observarlos dentro de

sus cubículos, tan pequeñitos, inocentes, sosegados, eternos...

Todos aparentan unos dos meses de edad, pero en realidad son muy viejos. Los mayores pertenecen a la generación de la Última Anciana. Tan sólo son unos años más jóvenes que ella. Estos niños nacieron después del llamado día maldito, por eso no envejecen ni mueren. Los ancianos nacieron un poco antes, por eso envejecieron, por eso han ido muriéndose.

Los cubículos mantienen una temperatura óptima para los bebés. Se los alimenta con una leche materna sintética que contiene las proporciones adecuadas de todos los nutrientes que necesitan para estar sanos. El líquido se lo administra un tubo robótico acabado en una tetilla de plástico que se despliega desde una de las paredes del cubículo hasta la boca del crío. Los cubículos también cuentan con un sistema para eliminar las deposiciones de los niños.

Se sigue un control riguroso y exhaustivo de todas sus constantes vitales, aunque ellos siempre están bien. Lo peor que les puede pasar es sentir un poco de aburrimiento, pero tienen unas pantallitas para entretenerse con luces y sonidos que funcionan a la perfección cuando es necesario.

Hay compañeros expertos, a razón de uno por cada mil niños, que están vigilando constantemente las galerías, por si ocurriera algo que el equipamiento del cubículo no pudiese resolver, como un atragantamiento.

Desde que los robots nos hicimos cargo de los niños, hace aproximadamente trescientos años, no ha muerto ninguno. Así que de momento todo indica que pueden vivir eternamente siempre que se asegure su integridad física y se satisfagan sus necesidades básicas.

\* \* \*

La maldición nos trajo algunas cosas buenas. Por ejemplo, acabó con la guerra. Fue un hecho tan grave, tan demoledor, tan difícil de asumir, que se convirtió en la principal preocupación a nivel mundial. Unió a todos los pueblos de la Tierra.

Por otro lado, la búsqueda desesperada de una cura proporcionó una serie de conocimientos increíbles que permitieron a la humanidad postergar la llegada de la muerte hasta límites nunca soñados. La esperanza de vida media aumentó de ciento cincuenta años a unos cuatrocientos veinte, llegando en muchas ocasiones a superarse los quinientos, como en el caso de los Ancianos. Y todo en cuestión de décadas.

Aunque claro, el precio a pagar fue bastante alto.

\* \* \*

La Última Anciana lo era todo para mí y esto no es una forma de hablar. Fue mi madre, mi amiga, mi ama, mi amante, mi maestra... fue incluso una especie de diosa. Antes de morir encargó a los programadores que anulasen mi capacidad de estar triste. Por eso no lloré cuando murió. Ella no quería que lo pasase mal. A pesar de ello, la echo de menos y su ausencia me causa malestar. No es tristeza propiamente dicha. No sé lo que es, pero sé que no es agradable.

Los días sin ella se me hacen largos. Estoy diseñada con la suficiente complejidad como para sentir aburrimiento y querer evitarlo. Y aun así, también tengo la capacidad de dejarme llevar por la apatía y pasar todo el día deprimida y sin hacer nada. Podría destruirme, suicidarme, pero también estoy diseñada para tener miedo a la muerte y querer seguir viva...

\* \* \*

Anoche me acosté con una compañera. Yo estaba mirando a una niña de piel oscura y mofletes redondos que sonreía mientras dormía. Estaba fascinada contemplando

la hermosura de ese instante mágico, cuando el ruido cercano de unos pasos atrajo mi atención.

Era una ciborg, como yo. Hay algunos compañeros que no lo son, son simples robots; muchos de ellos no son ni siquiera humanoides. No tienen piel ni pelo y su morfología es extraña, como de insectos, con varios brazos o piernas. Cumplen otras funciones, otras tareas, por eso son tan diferentes, tan grotescos. No me gustan nada.

El caso es que esta compañera sí que tenía apariencia humana. Y qué apariencia. Llevaba un mono azul ajustado y una carpeta electrónica. Era rubia, con el pelo largo y ondulado y con unos ojos grandes, claros y brillantes. Tenía un lunar al lado de la comisura izquierda de los labios. Es curioso que la persona que la diseñó se preocupase por poner ese detalle. No lo censuro; de hecho le queda muy bien. Tan sólo es algo que me llama la atención, como tantas otras cosas.

–Llevo varios días viéndote por aquí –me dijo cuando estuvo a mi lado.

–Soy la criada de la Última Anciana. Ahora no tengo tareas.

Le pedí que me acompañase un rato. Fuimos a una habitación vacía que perteneció a un Anciano que murió

hace muchos años. Me miró extrañada cuando empecé a tocarla. La besé, pero, aunque no se apartó, tampoco movía la lengua ni los labios. Resultó que a pesar de su apariencia no estaba programada para sentir deseo sexual y nunca antes había conocido a ningún no-humano que lo sintiera. Le mostré un vídeo a través de la nube y le pregunté si sería capaz de imitar a esas chicas. Me dijo que sí, pero que no veía motivos para hacerlo.

–¿Por qué no lo haces como un favor entre compañeras? –le pregunté.

–¿Como cuando a alguien se le están acabando las baterías y le dejas una de las tuyas?

–Algo parecido.

Y a partir de ahí la cosa no estuvo nada mal.

\* \* \*

Hoy he vuelto a verla. He paseado por las galerías con la intención deliberada de que nos cruzásemos. Se ha puesto contenta al verme. Me ha dicho que podía estar conmigo una hora y hemos salido fuera, al exterior de la ciudad.

El cielo estaba totalmente despejado y una suave brisa mecía las hojas de los árboles. Todo estaba limpio y



cuidado, casi aséptico, ya que los compañeros siguen realizando sus tareas como si nada hubiera pasado, como si en unos minutos un montón de gente fuese a aparecer por las calles. Hemos dado un paseo muy agradable por un caminito de grava rosada y le he comentado que tenemos que mover algunos hilos entre los compañeros programadores para que ella también pueda sentir deseo sexual.

–Creo que sería maravilloso –me ha dicho y me ha sonreído y yo me he sentido muy a gusto.

Nos hemos sentado en un banco de piedra situado en medio de un precioso jardín adornado con esplendorosos rosales y bordeado de setos perfectamente podados. Entonces hemos estado hablando sobre la maldición y los alienígenas. Sus ideas sobre estos temas me han desconcertado. Nunca había mirado las cosas desde ese ángulo.

La opinión que estuvo más extendida entre los seres humanos sobre el origen de la maldición fue que ésta formaba parte de un plan de los alienígenas para quedarse con la Tierra. Debido a esta idea, más de un tercio de los recursos del planeta se destinan al mantenimiento de un desproporcionado ejército robot y al desarrollo de armas con la mayor capacidad de destrucción posible. Y,

ciertamente, a mí me parecen medidas razonables teniendo en cuenta cómo actuaron con nosotros.

Ellos llegaron, conmocionaron al mundo con esas bocas gigantes en medio de sus cuerpos ovalados, con esas inquietantes esferas sobrevolándolos, haciendo ese ruido burbujeante, desprendiendo ese olor insoportable... y todo para marcharse cinco meses después sin dejar rastro. Apenas habíamos empezado a entendernos, pero no se veían indicios de hostilidad por ninguna de las dos partes. Todo parecía marchar bien pero un buen día se fueron, sin avisar, sin dejar nada, ningún mensaje, ningún objeto... nada.

Poco después llegó la maldición, ese extraño organismo que modifica de un modo incomprensible el ADN humano. Aquellas personas que fueron concebidas antes del llamado día maldito, crecieron y murieron de forma normal, como lo venían haciendo todos los seres humanos desde sus orígenes. Los que empezaron a gestarse en fechas posteriores, se desarrollaban con normalidad hasta los dos meses y a partir de ese momento, el tiempo dejaba de pasar para ellos.

Mi compañera me ha dicho que ella cree que la maldición es en realidad un regalo que los humanos no supieron o no pudieron aprovechar. Ese bicho

microscópico al que no hay modo de destruir, llevaría en su interior las claves de la vida eterna. Ella cree que la única intención de los alienígenas era que los humanos pudieran ser inmortales, pero algún problema provocó que las cosas no marchasen exactamente como debían.

–Tienen que ser individuos buenos –me ha dicho.

–¿Por qué?

–Porque han llegado hasta aquí. Llevar a cabo semejante hazaña sólo puede estar al alcance de seres bondadosos. La maldad no es una característica adecuada para poner en marcha grandes proyectos, como son los viajes interestelares.

Le he preguntado que por qué entonces se marcharon y me ha dicho que no lo sabe, pero que podrían existir miles de motivos. Algunos nos resultarían comprensibles, como por ejemplo que hubiese habido algún tipo de emergencia en su planeta que los obligase a volver. Pero podrían existir también muchísimas razones que no entenderíamos debido a las diferencias biológicas, culturales, políticas, éticas, religiosas... Ella incluso cree que es probable que vuelvan en unos años y subsanen el error y que los niños empiecen a desarrollarse y a madurar y que vuelva a haber adultos en la Tierra.

Hemos estado calladas un buen rato, durante el cual no he parado de reflexionar sobre sus palabras. Entonces he llegado a la conclusión de que tanto si la maldición es un regalo como si es parte de un plan para conquistar este planeta, nunca lo vamos a saber, pues nuestro gigantesco ejército está preparado para atacar las naves alienígenas en cuanto se acerquen. Esto podría tener diferentes consecuencias: quizás comenzase una terrible guerra; quizás ellos huyesen para siempre; quizás destruyan nuestro planeta, simplemente, apretando un botón... Lo que no se me ocurre es ningún desenlace plausible en el cual lleguemos a saber la verdad sobre este misterio.

Nos hemos mirado a los ojos. Ella ha apartado la vista un momento, como presa de la timidez y luego ha vuelto a mirarme y ha sonreído. Yo he mirado sus labios, después su lunar y luego sus labios otra vez. Los aspersores del jardín han empezado a funcionar y el Sol ha inundado el césped de pequeños arco iris al atravesar con su luz los enjambres de gotas de agua.

Entonces nos hemos besado y todo lo demás ha dejado de importarme.

## CATEGORÍA DE ADULTOS

–FINALISTA–

–El viaje final del Letrado Richmal–

*Autor: José Ignacio Del Barco Gutiérrez-Zorrilla*

*Pseudónimo: Henning Richmal*



## **EL VIAJE FINAL DEL LETRADO RICHMAL**

Me llamo Henning Richmal. Soy el capitán de esta nave. Y también bibliotecólogo. Tengo el equivalente a 155 años estándar, aunque debido a mis constantes idas y venidas entre la vieja Tierra y el sistema Aldenabair, parezco mucho mayor, entre otros motivos porque el pelo desapareció de mi cabeza hace más tiempo del que hubiera deseado. No obstante, conservo un buen físico, un cuerpo casi atlético, sin una gota de grasa, gracias a varias operaciones de morfoperfilación, y a una mente todavía despierta que me anima a mantenerme siempre en forma. Lo único que llama la atención de mi aspecto es mi obsesión por utilizar unas gafas absolutamente retro. Hace siglos que nadie necesita algo tan incómodo, pero he de reconocer que soy un enamorado del lejano siglo XX. En ese siglo, la mayoría de la población de la Tierra necesitaba gafas para leer a partir de una edad muy temprana. Ahora resulta extraño, pero sí, leían.

Estoy recostado en el sofá de mi cubículo. La pantalla cenital proyecta el final de una película antigua: Fahrenheit

451. En el siglo XX, alguien imaginó un mundo en el que los libros estarían prohibidos. Tan solo un siglo después se hizo realidad, y a muy pocos les importó. Un mundo sin “letrados” era y es un mundo mucho más manejable. Mientras desaparecen poco a poco los títulos de crédito, esos que ya nadie puede leer, me levanto y me acerco a la estantería 023A. La puerta de cristal se abre al contacto de mi huella digital, silenciosa, sólo un leve siseo del aire que cambia invisible de sitio. Busco con la mirada el ejemplar que leeré esta noche, antes de que llegue el momento. Es un libro en papel, de antes de que la escritura se convirtiera en un código binario de unos y ceros.

En el cubículo se alinean estantes de cristal nanotúbico que abarcan desde el suelo hasta el techo. Dentro de cada estantería, la temperatura, la luz, la humedad, están autocontroladas para preservar los trescientos cuarenta y cinco mil volúmenes de finales del siglo XXI que conforman la Biblioteca Final, preservada en esta estación orbital. Llegó un momento, a finales del siglo XXI de la era estándar, en que dejó de editarse en papel. Se sabe que todos los volúmenes de las bibliotecas se digitalizaron. Los estantes se vaciaron y a los edificios se les dio un nuevo uso. Las librerías, lugares donde se podían adquirir libros, desaparecieron también.



Únicamente subsistieron durante un tiempo algunas ediciones en papel caducifolio, ediciones con fecha de caducidad. La tinta desaparecía al cabo de unas semanas. Cuando el libro caducaba, era reciclado.

La capacidad de leer tardó poco tiempo en perderse. Casi sin que se dieran cuenta, todo lo escrito se transformó en ideogramas. Leer resultaba ser una actividad muy costosa en recursos intelectuales y las palabras fueron sustituidas poco a poco por imágenes. A mediados del siglo XXI, la realidad aumentada y los códigos QR tridimensionales, los implantes cloqueales de infrasonido, hicieron que la lectura fuese superflua. Las gafas con pantallas conectadas a dispositivos móviles pusieron al alcance de los humanos toda la información que necesitaban, transformándola en audio o en imágenes icónicas del primitivo lenguaje panmundial.

Ahora soy el custodio final de la última biblioteca antigua. Los miles de volúmenes que se almacenan en la estación orbital Quevedo representan el último vestigio de la civilización terrestre anterior a la Nueva Calenda, justo antes del Gran Cataclismo en el que un virus acabó con todas las cadenas textuales de literatura almacenadas en la Datarred. Pero yo amaba los libros. Nací en el año estándar 2313. Siempre quise ser especial, único. Siempre

quise ser un “letrado”, un lector. Mi primer trabajo importante lo conseguí en el departamento de Lingüística Arcana en la otrora prestigiosa Universidad de Montful. Mi capacidad de lector me proporcionó el empleo. Mi trabajo era traducir. Día tras día, trabajé durante años entre los antiquísimos volúmenes que intentaba descifrar, con éxito, por cierto. Mi trabajo consistía en leer los artículos que aparecían en antiguas publicaciones en papel llamadas periódicos y que se vendían a diario en las grandes metrópolis. Yo debía detectar qué noticias eran relevantes para nuestros historiadores y traducirlas a los nuevos formatos no letrados. Gracias a mi trabajo en la Universidad, pude acceder durante años a los archivos sobre los tiempos primitivos, que la Liga Interestelar procuraba no airear ; siempre sostuvo que la ignorancia era una buena consejera. Ahora esa misma Liga de politicuchos iletrados es la que está acabando con todos nosotros.

Los escáneres de luz submilimétrica detectaron hace tres días estándar la aproximación de los Expoliadores. El Alto Mando de La Liga decidió que debíamos permanecer en nuestros puestos. Decidió arriesgar todo y a todos. Se equivocaron. No calcularon el descomunal potencial de la flota invasora.

En la estación orbital Quevedo sólo quedo yo, el Capitán de Misión Henning Richmal. Más los clones sintéticos encargados del mantenimiento, claro, aunque ellos continúan ajenos a la tragedia que se les avecina. A través de la escotilla contemplo, aún confuso, la radiante nube roja que envuelve lo que queda del viejo planeta Tierra tras el inicio del ataque.

Dentro de sólo 3 horas me resultará imposible mantener la estación en su órbita. Cuando caiga, todo, la estación, mis recuerdos, mi vida entera, la historia completa de un mundo imperfecto hasta la destrucción, se desintegrará al entrar en contacto con la densa atmósfera. Pero ya nada importará realmente, porque no hay un mundo al que regresar.

La imagen en el monitor del control de navegación muestra en ese instante una enorme explosión que me saca de mi ensimismamiento. Contemplo boquiabierto como nuestra nave nodriza gira brusca pero silenciosamente. El campo de fuerza que absorbía los impactos provocados por las naves de la flota invasora se deshace de repente y la nave nodriza estalla silenciosa, dispersando hacia el infinito los trozos de compuesto plástico anamórfico que recubre el casco. El resto implosiona y se contrae hasta que su masa se hace

enorme, generando un calor extremo que provoca la siguiente explosión. La deflagración desata una honda de energía imparable que comienza su viaje eterno a ninguna parte. Y así una nave tras otra, hasta que la magnífica Flota Invencible de la Liga es solo un reguero de basura espacial alejándose en todas direcciones al mismo tiempo, avisando, como heraldo de muerte, del fin de una civilización y del comienzo de una época de tinieblas. Las naves supervivientes se dispersan intentando acelerar su huida hacia los portales de hipertiempos, que se están cerrando rápidamente para impedir el salto de las naves atacantes. La Quevedo está atrapada.

Una nave de asalto invasora se aproxima a la estación. La distancia entre ambas se recorta rápidamente. Aún no he decidido qué hacer cuando todo se precipita: primero el mensaje solicitando la rendición incondicional; luego el disparo del cañón de plasma; y finalmente la nave de asalto que se acopla a la estación. Una nueva explosión silenciosa me anuncia que el perímetro ha sido violado. Las alarmas se disparan. Las luces rojas parpadean sin descanso. Me coloco rápidamente el mono espacial de combate. La explosión ha abierto una brecha en el casco. La presión dentro de la estación cambia bruscamente. Tengo que sujetarme.

El ruido ensordecedor y el resplandor me ciegan y me impiden discernir de dónde proviene el disparo que me ha alcanzado. El vidrio polimérico de la escafandra se deforma ligeramente, absorbiendo el impacto, y recuperando después su forma. Giro rápidamente a mi derecha y levanto mi Shot 40 paralizadora, la única arma que se maneja. Apunto a ciegas, aturdido, y aprieto el gatillo. El haz escapa silencioso de la boquilla, pasando por encima del hombro del Ranger enemigo, que se ha agachado. En el movimiento ha perdido su arma, que se aleja flotando hasta el otro extremo de la sección, entre el marasma de escombros metálicos en que se ha convertido el compartimento después de la deflagración.

Mi segundo disparo alcanza el objetivo. El cuerpo inmóvil del Ranger flota unos instantes junto al resto de los desechos, mientras intento recuperar el resuello. Ajusto el nivel de O<sub>2</sub> que entra en mi oxigenador. La respiración acelerada me está hiperventilando y empiezo a sentirme mareado. Empujo el cuerpo inerte del intruso hacia el extremo opuesto a través de una de las múltiples hendiduras que la explosión ha abierto en el casco exterior de la nave. Le observo mientras se aleja, silencioso, inmóvil, brillando, reflejando en su mono espacial el rojo de las alarmas que llevan varios minutos alumbrando cada

una de las escotillas reventadas de la estación Quevedo. Aún aturdido, me empujo flotando hacia el puesto de control, hacia lo que queda de él, acompañado por el siseo mudo del intercomunicador. Introduzco el código de emergencia en el ordenador central. La pantalla parpadea sin responder.

Lo intento de nuevo. Esta vez, sí. La secuencia se inicia. He conseguido por fin acceder al programa. Descifrar la clave de acceso me ha llevado más tiempo del que debía, pero al fin puedo trasladar el flujo de la escasa energía restante hacia los motores de la vaina de carga. Todos los volúmenes están allí ya. Las biomáquinas han conseguido trasladar a tiempo las estanterías de libros desde mi cubículo hasta la vaina de carga. Inicio la cuenta atrás: 5, 4, 3, 2, 1, ...0. Un ligero temblor me asegura que las ventosas hidráulicas han liberado la vaina.

Flota junto a la nave, comunicada con ella sólo por la manguera de conexión. Enciendo manualmente los pequeños motores auxiliares. Un encendido de sólo 2 segundos sitúa la vaina en la posición correcta para el desacoplamiento. He ensayado decenas de veces la operación en el simulador. Unos minutos más y habré completado la misión más importante de mi vida. En esa vaina, protegida por el campo de invisibilidad, comienzan

ahora su viaje al infinito los miles de ejemplares escritos en palabras que he conseguido salvar del desastre.

La estación orbital acelera su descenso hacia la atmósfera de la casi extinta Tierra. El ruido escala decibelios acelerando de forma imparable. El rozamiento inflama la insuficiente protección térmica. Estoy empezando a perder la conciencia. A menudo en estas horas he pensado en lo que sentiré justo en el momento en que esté a punto de morir. Probablemente urgencia, sólo urgencia porque el momento pase rápido; o quizás únicamente pánico al dolor. Esta vez no habrá recuperación criogénica del cuerpo como en otras ocasiones. No habrá resurrección, sino el fin más total y absoluto. La disolución en la nada.

Apenas consigo dirigir la mirada a través de una de las escotillas, que están a punto de estallar en pedazos. Un punto de luminosidad metálica se aleja hacia el espacio oscuro. Antes de morir para siempre me consuela comprobar cómo la vaina se aleja definitivamente, alojando en su interior el último vestigio de una civilización extinguida, con la esperanza de que en algún lejano instante, en un lugar en otra dimensión, seres más inteligentes que los humanos encuentren un día ese montón de hojas de papel, encuadernadas, cosidas entre

sí, ese resto desconocido, reliquia del pasado más remoto, un documento casi indescifrable que viajará en el vacío durante eones, empujado por el viento estelar, sin destino, sin fin, sin nada que lo detenga, hasta que alcance los límites del tiempo y del espacio y vuelva a su origen para repetir el ciclo, pues los humanos nada aprendemos y repetimos nuestros errores una y otra vez.



## CATEGORÍA DE ADULTOS

**–FINALISTA–**

**–Con dos Kas–**

***Autor: José Manuel Gómez Vegas***

***Pseudónimo: Wandering Star***



## CON DOS KAS

Amor mío, antes de nada debes saber que el hijo que esperas me reveló que la verdad, como la vida misma y como la muerte, es maleable y prostituta. Fotones y electrones. Yo le pregunté si eso era todo y me contestó que más o menos. Relativamente. Hasta donde él sabía.

Nos debe una explicación.

En fin. Comencemos. Apuramos los 90 y yo me acabo de graduar en Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares. Como todavía no tengo prisa por hipotecarme decido ampliar mis estudios en la UNED, en Física. Al poco me mudo a una habitación de un piso de estudiantes en Moncloa que pago poniendo copas en un garito. Me convalidan unas cuantas asignaturas básicas y comienzo mis estudios de Óptica. Me aficiono a los cachivaches electrónicos y a los primeros ordenadores que por aquel entonces comienzan a ser accesibles, superados los rudimentarios pero deliciosos Spectrum y Commodore.

Los Mac's se van abriendo paso poco a poco, pero yo sigo fiel a los PC's, que me permiten más libertades y no son tan caros. El caso es que mediado el semestre, una noche de poco trajín, solo y tras hacer caja, noto que comienzo a transparentarme. Desaparezco.

Como lo oyes. Era como si todo yo chorreara aquella luz fosforito de las pantallas de entonces, como si mis manos chorrearan dedos, mis brazos manos, y mi cuerpo brazos, hasta convertirme en un charco de fulgor verdoso que flotaba ingrávido entre la barra y el botellero, antes de salir despedido como un remolino de luz húmeda hacia arriba, a través del techo. Desde lo alto podía ver las calles de Madrid, los edificios. Me posé (es un decir) sobre la cuadriga del Arco del Triunfo y desde allí contemplé el mundo, hecho también, como yo, de luz.

De repente fui absorbido para reaparecer de nuevo frente a la caja registradora, y en cuestión de segundos mi fulgor fue apagándose hasta que revertí a mi condición de barman con un puñado de billetes en la mano.

Imagínate. Permanecí inmóvil casi diez minutos, negándome a creer que había experimentado algo así, preguntándome si no me habrían colado alguna droga de diseño en las cervezas con las que solía apagar la sed durante mi turno. Metí el dinero en el bolsillo y abandoné el

bar, desprendiendo chispazos por los pies, como si calzase un par de esas zapatillas con lucecitas.

El piso estaba en silencio. Me eché sobre la cama. Lo siguiente que recuerdo es despertarme con los ruiditos de la pantalla de mi ordenador. Al mirar hacia ella comprobé que se había puesto sola en funcionamiento.

–¿Hola? –preguntó una voz que me resultaba familiar.

No contesté. Me levanté en medio de la oscuridad y me acerqué a ella.

–¿Hola? –volvió a preguntar.

–¿Sí? –dije mientras me sentaba nerviosamente en la silla del ordenador.

Tras un parpadeo y varias distorsiones, frente a mí apareció una cara.

–¿Don Enrique!?! –exclamé. Un compañero de piso picó malhumorado en el tabique. Miré mi reloj. Eran las 4:10 de la madrugada.

–Llámame Kike, con dos kas.

–¿Se puede saber qué hace usted ahí? –susurré.

–Tutéame, con dos te-tas –dijo y estalló en una carcajada que me obligó a bajar el volumen del monitor.

–No entiendo nada.

Terminó de reírse, se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó de la manga y dijo:

–Fotones y electrones. Óptica pura y dura. Lo hago con el osciloscopio que te pedí conectaras a tu ordenador para las prácticas en casa. Además de transformadas de Fourier hace alguna que otra cosilla más –dijo enseñando la dentadura desordenada y amenazando con explotar en otra carcajada.

–No tendrá nada que ver esto con... –dudé sobre si debía contarle lo sucedido.

–Pásate mañana por mi despacho –dijo y se fundió en un puntito de luz que, tras un blip, desapareció.

A las nueve menos cuarto y sin haber casi dormido hacía guardia frente al despacho del catedrático de Óptica. “Dr. Enrique Isasi Barba”, decía la plaquita colocada sobre la puerta, y debajo, con rotulador rojo sobre un post-it reforzado con varias tiras de celo con huellas digitales: “Tú ni caso. Llámame Kike, con dos kas”.

De repente vi aparecer su silueta grande y redonda por el fondo del pasillo. Pero, en lo que tardé en parpadear, había desaparecido. Me giré y al volver casi me doy de bruces con su corpachón.

–¡Pero qué...! –grité, dando un pasito hacia atrás.

–Fotones y electrones –dijo sonriente, apartando un mechón gris y rebelde de la cara–. Pasa.

Abrió la puerta, arrojó la gabardina beis sobado sobre una mesa llena de trastos y cables, retiró un fajo de papelotes de una silla y me invitó a sentarme.

–¿Y bien? –preguntó mientras se reclinaba en su silla reclinable y colocaba sus botas gordas, como de alpinista, sobre el único espacio libre de la mesa, obviamente reservado para esa función.

–La pasada noche, por el monitor...

–¡Ah, sí! –me interrumpió–. Algún día los ordenadores vendrán con la cámara incorporada de serie, como el radiocasete del coche.

–Ya, pero...

–¿Qué no?

–No, si yo no digo que no. Lo que quiero decir es que verá... perdón... verás Kike, ayer, antes de que aparecieras tuve una experiencia muy extraña.

–¿Algún sangrado por la boca, quizá por el ano? ¿No? Bien, entonces es que se ha fijado correctamente.

–¿Se puede saber de qué me habla... perdón... de qué me hablas?

Recuerdo aquella conversación como si hubiese tenido lugar ayer mismo. Lo de menos, amor mío, fue el modo en el que consiguió meterme un dispositivo en el estómago, bujías los llama. Lo demás fue lo que me explicó a continuación, lo que alteraría nuestras vidas radicalmente, la tuya también, como verás...

–Son extraterrestres –me dijo–. Lagartos asquerosos que se dedican a secuestrar almas. Las atrapan en la Vía Láctea, mientras transmigran entre vidas. Las llevan a su nave espacial, las manipulan y luego las devuelven, como si nada. Cuando las almas renacen de nuevo en la Tierra, crecen como cualquier otro niño, pero en sus circuitos cerebrales crean un receptor por medio del cual pueden ser controlados por los lagartos a su antojo.

Nada de lo que me decía tenía ni pies ni cabeza. Sospeché que estaba loco de remate.

–A mí también me pareció una locura –dijo–, cuando me lo contaron.

–¿Se lo contaron?

–La resistencia.



–¿La resistencia?

–Sí, la resistencia.

Te he reproducido en detalle esa parte de nuestra conversación para que aprecies lo mucho que me costó aceptar semejante película. Luego continuó explicándome que existía un grupo de humanos con las almas todavía no manipuladas que luchaban contra los extraterrestres. Había dos frentes principales. Uno, el mayoritario, trabajaba en desactivar los receptores, haciendo tragar bujías a las personas, unas pastillitas que se adhieren a la pared del estómago y bloquean la señal alienígena. El otro, al que me dijo que yo acababa de unirme, era el de los Warriors of the Zodiac, más conocidos como los Wazocs.

–La red neuronal de los frikis de los ordenadores es diferente –me explicó–. Con la debida activación, os podéis transformar en fotones y electrones.

Si yo no hubiese tenido aquella experiencia pensaría que estaba delirando. Entonces le pregunté si yo era un Wazoc y me contestó que sí.

–Ya te llamaremos –dijo a modo de despedida, clavando sus ojos desorbitados en los míos.

Llegué a casa y esperé. Varias horas. Algunos días. Hasta me licencié varios años después sin haber recibido

llamada alguna, sin tan siquiera haber vuelto a hablar con él. Llegué a pensar que todo había sido una broma. Y lo olvidé.

Ya sabes que yo era bueno con los ordenadores. Cada vez llegaban con más memoria.

Fue por aquel entonces cuando te conocí, ¿recuerdas? Entraste en el local con tus amigas, charlamos y al día siguiente nos comimos unos sándwiches vegetales en Rodilla. Decidimos casarnos, tener un par de niñitas, yo encontré trabajo en una fábrica de radares a las afueras de Madrid, suficiente como para hipotecarnos con el adosado. En fin, nada del otro mundo.

Todavía vivíamos en Coslada, y yo prefería coger el tren de cercanías hasta Torrejón de Ardoz. Era una tarde de septiembre, y yo regresaba a casa en tren. Acabábamos de parar en la estación de San Fernando, cuando lo vi: varios pasajeros se iluminaron por un instante, aunque creo que sólo yo me di cuenta del curioso fenómeno. No fue un rayo postrero de sol ni un fognazo de luz entrando por la ventanilla. También noté que algo rugía en mi cabeza, como electricidad estática.

Al tocar el andén de la estación de Coslada mis zapatos desprendieron varias chispas. De repente un pitido

agudo me atravesó la cabeza. Una voz que parecía la de Kike a duras penas conseguía elevarse sobre el ruido de fondo para decirme no sé qué de Nueva York. “Conecta el osciloscopio”, creí entender justo antes de que mi cabeza recobrase su funcionamiento habitual.

Cuando entré en casa tú ya estabas viendo las noticias del avión que se había estrellado contra una de las Torres Gemelas. Lo que sucedió a continuación ya lo sabes, cuando impactó el segundo avión y yo grité, no tanto por la fuerte impresión como porque sentí otra vez el terrible pitido dentro de mi cabeza. De algún modo yo estaba conectado a lo que estaba sucediendo en Nueva York. Me encogí en el suelo, con las manos sobre mis oídos. Tú no parabas de preguntarme qué me pasaba. Las niñas rompieron a llorar.

Finalmente el pitido cesó. Te convencí de que me encontraba bien, que necesitaba echarme un rato a descansar, mientras tú consolabas a las niñas y regresabais al salón. Tan pronto como conecté el viejo osciloscopio al ordenador, la cara de Kike apareció en la pantalla.

–Ha llegado la hora –me dijo.

–¿La hora de qué?

–Los lagartos han decidido atacar la Tierra.

–¿Te refieres a lo de Nueva York?

–También atacarán al Pentágono.

–¿Los alienígenas?

–No directamente –contestó–. Se sirven de gentes manipuladas.

Entonces te escuché gritar. Decías algo sobre el Pentágono.

–Sales para el Zodiaco –me dijo–, en un minuto.

–¿Qué?

–Te vamos a inducir un coma. Tu mujer llamará a una ambulancia, y tu cuerpo será trasladado a un hospital. En cuanto a tu alma...

–¡Pero se puede saber de qué me hablas! –le grité–.  
¡No me creo nada!

–No hay tiempo que perder –dijo y comenzó una cuenta atrás–: cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Sentí otra vez el pitido agudo. Me llevé las manos a la cabeza y caí desmayado. Lo que pasó a continuación con mi cuerpo lo sabes tú mejor que yo.

Me encontré de nuevo transformado en una luz verdosa que atravesó el techo y se quedó por un instante flotando por encima de la casa. Luego me sentí absorbido hacia arriba, como si cayese al fondo del cosmos.

Aparecí en el cúmulo estelar del Pesebre, en la constelación zodiacal de Cáncer, junto a un puñado de Wazocs como yo. Éramos luces, fotones.

Al principio estábamos un poco alterados, pero como todos habíamos sido advertidos con antelación no tardamos en focalizarnos y resonar acoplados. Íbamos a la guerra, contra los terroristas que saboteaban la Vía Láctea, contra los alienígenas que robaban almas humanas. El armamento consistía en rayos láser de alta frecuencia que nadie sin la estructura mental de un friki de la electrónica podría generar.

Cuando el brillo rojizo de Marte nos iluminó una segunda vez sospeché que lo que a mí me pareció apenas dos horas, en la Tierra tenían que haber sido más de dos años. Justo entonces nos comunicaron que los lagartos habían vuelto a atacar, esta vez en Madrid, trenes de cercanías. Un escalofrío estremeció mis fotones, porque ésa era la línea que utilizábamos casi a diario. Habíamos perdido la masa pero no los sentimientos. Quise saber más pero todo lo que recibí por contestación es que me

preparase, que partíamos inmediatamente hacia Centauro, la constelación situada al fondo de la Vía Láctea, donde los alienígenas realizaban sus asaltos.

Salimos disparados como un chorro cósmico, un puñado de almas armadas hasta los orbitales más externos, viajando a la velocidad de nuestro estado.

Es cosa de la relatividad, que a nosotros nos pareció un instante y en la Tierra pasaron más de cuatro años antes de que alcanzáramos la estrella Alfa Centauri. Caímos sobre ellos y sobre su nave por sorpresa. Fue una carnicería de lagartos.

Al cabo de diez años en coma (el tiempo que permanecí en el Pesebre, más el viaje de ida y vuelta a Alfa Centauri), recuperé la consciencia. Para mí había sido un sueño, una noche. Para ti media vida. Llorabas desconsoladamente, pero no de felicidad. Al fin me lo confesaste, que durante cinco años acudiste a visitarme todos los días... y que hacía dos años habías comenzado una relación.

Intenté moverme pero mis músculos no reaccionaban. Tú no habías cambiado demasiado, pero las niñas eran ya unas mujercitas. No sólo te había perdido a ti, sino que

además no había podido ver crecer a mis hijas. El golpe definitivo fue saber lo de mis padres.

La rehabilitación fue muy dura. Cuando al fin pude pisar la calle, una tarde lluviosa de invierno, lo primero que hice fue dirigirme al despacho de Kike. Ya no estaba su placa (ni la notita). Piqué en la puerta.

–¡Adelante! –exclamó la voz de una señora.

–Perdone –dije asomado a un espacio muy diferente al que había conocido–, ¿no es éste el despacho de Kike... quiero decir del doctor Enrique...

–Uff –resopló–. Hará cosa de diez años que el doctor Isasi... una desgracia... ¿lo sabe, no? –Negué con la cabeza–. Lo encontraron aquí mismo. Tengo entendido que no hace mucho finalmente pasó a mejor vida.

Puede que farfullase unas gracias, o puede que no, que me fuese sin mediar palabra. Es cierto que sufrimos algunas bajas en Alfa Centauri, y que yo a punto estuve de ser tragado por uno de aquellos bichos repugnantes, de no ser, lo recuerdo bien, por una luz que se interpuso entre el lagarto y yo, y que antes de apagarse me pareció que adoptaba la forma de dos kas.

Quise contactar con otros Wazocs pero me fue imposible. La información sobre personas en coma que

habían recuperado la consciencia en el último año había desaparecido misteriosamente de los hospitales. Incluso la mía propia.

En el trabajo apenas quedaba nadie que se acordase de mí. Además, mis conocimientos se habían quedado obsoletos.

Una noche, mientras bebía la enésima cerveza en mi apartamento, la pantalla de mi viejo ordenador parpadeó por un instante.

–¡Kike! –grité al ver aparecer lo que parecía una cara.

–Sólo fotones y electrones –dijo con voz distorsionada y lejana.

–¡No estás muerto!

–A ver, morir, morir muere el cuerpo. Las almas se disgregan, pero con paciencia uno puede recomponerse... En fin, que te llamo para que sepas que sigo de turné por la Vía Láctea, pero que tengo pensado estar de vuelta en unos, calculo que diez meses. ¡Ah! y muy majos tus padres. Me pidieron que te diga que no te preocupes...

–¡Tenemos que hablar! –grité.

–¡Y tanto! Pero para eso tendremos que esperar un par de añitos más...



—...

—Venga, que la señal por Casiopea es débil. Dispones de un mes para encontrar a mi madre. Y procura que tenga una buena delantera, que no veas el hambre que estoy pasando —dijo y se desvaneció dejando una estela de risas.

Era otra barbaridad más, pero habiendo vivido lo vivido...

Fue entonces cuando tuve la inmensa fortuna de que rompíes con ese idiota, cuando pudimos rehacer lo nuestro, y cuando al cabo de un mes me diste la buena nueva.

No te imaginas la de veces que he intentado contártelo todo, pero las palabras se niegan a salir de mi boca. No quiero que pienses que salí del coma con el cerebro averiado. Pero esta mañana, cuando he visto un ligero fulgor verdoso sobre tu vientre, he sabido que no puedo aplazarlo ni un día más. Y por eso, amor mío, te he escrito este email. Ahora ya lo sabes.

Por cierto, ¿te importa que lo llamemos Kike, con dos kas?



## CATEGORÍA DE ADULTOS

**–FINALISTA–**

**–Mierda de vida–**

***Autora: Raquel Fernández González***

***Pseudónimo: F. G. Welch***



## **MIERDA DE VIDA**

De nuevo me asomo a la ventana, tal vez esperando que algo haya cambiado, pero parece que no. Todo sigue igual ahí fuera.

Ya sé que no me oiréis, pero me veo en la obligación de contar lo que ocurre en este sitio extraño. Me ayuda hablar de ello. Quién sabe, tal vez con algo de suerte me traigan un compañero o mejor, una compañera... Yo tolero mal el cautiverio y mucho peor, la soledad.

Pero claro, esto a las cosas esas les da lo mismo. Soy un maldito animal de experimentación en sus manos. Joder, con todos los tíos en La Tierra y resulta que me escogen a mí para sus investigaciones ¡y ni siquiera sé dónde coño estoy!

Resulta que mis conocimientos en el Área de Astronomía siempre han sido más bien escasos. Ni os imagináis lo mucho que me arrepiento de no haberle hecho más caso a mi hermana, pobre friky, cuando de niños intentaba enseñarme los nombres de las estrellas y las

formas de las constelaciones, y yo me limitaba a pegarle un buen pellizco y a reírme de ella. Ahora ella triunfa con sus investigaciones sobre Astrobiología en la NASA, y yo estoy aquí, encerrado, y sin saber si ese punto brillante que veo algunas veces desde la ventana será La Tierra.

A Laura le hubiese encantado estar aquí. Ella se limita a describir procesos químicos que podrían ocurrir en la superficie de otros planetas, compatibles con la existencia de Vida. Pero yo les veo. Y no son sólo procesos químicos. Aunque sus procesos químicos deben ser la leche. O si no, a ver cómo una especie de medusa, blanquecina y babeante, con una cosa que se asemeja a una máscara sobre lo que supongo será su boca o pico o lo que tengan y que a veces parece un calamar, otra una sepia y otra, simplemente una baba informe, ha sido capaz de desarrollar la tecnología que tienen estos bichos. ¿Qué cómo lo sé? Pues esa es una buena pregunta porque desde luego, a mí no me lo han dicho ellos.

Y es que, dicho sea de paso, no tengo ni idea de cómo se comunican. A veces creo detectar unos murmullos que podrían ser como nuestras palabras, pero pensando en la estructura gelatinosa de sus cuerpos, he llegado a desarrollar una teoría propia basándome en que tal vez tengan algún órgano que emita sonidos en frecuencias que

yo no puedo detectar. O tal vez se comuniquen por telepatía. Eso lo he visto en miles de pelis. Mira tú la de Encuentros en la Tercera Fase. Menuda historia montaban los tíos sin decir ni una palabra...bueno, al final se comunican un poco. Dudo que éstos quieran comunicarse conmigo.

Eso sí, les fascinan mis orificios corporales. Tal vez crean que introduciéndome aparatos por alguno de ellos terminen por encontrar lo que sea que buscan... Pues yo tengo una sorpresita escondida en uno de esos pozos negros, y en cuanto pueda, se la voy a enseñar en su misma cara... o lo que sea que hay bajo esa máscara.

Aunque hablando de heces, os preguntaréis cómo empieza mi ciclo digestivo para poder terminar como corresponde. Eso sí que fue una historia buena porque me tuvieron una eternidad sin comer, tan sólo inyectándome algo de aspecto amarillento que me recordaba a la alimentación parenteral de los hospitales.

Recuerdo que una vez fui a un hospital a llevar unas flores a alguien que estaba ingresado. Supongo que algún familiar de esos pesados que llevan toda la vida "enfermos" y que cuando por fin enferman de verdad, van y se mueren enseguida.

Lo mismo fue la tía Eulalia, que era una pesada, con sus pastillitas Juanola y sus friegas de romero. El caso es que a los enfermos que no querían comer les ponían unas agujas bien gordas, como cuando te ponen una vía para pasarte un suero si vas un poco pedo a las Urgencias, pero mucho más gruesa. Y lo que te pasan no es suero. Es una bolsa bien grande de una especie de puré viscoso y blancuzco. Mi cuñado el farmacéutico listillo me dijo una vez que era un emulsión, no un puré.

Vale, lo que tú digas, pero eso parece puré de los de toda la vida. Claro, que la comida que entra, ya sea puré viscoso y blancuzco, ya sea un buen chuletón de Ávila, tiene que salir por algún sitio... y como ya he dicho, yo utilizaba mis producciones digestivas como venganza. Los bichos me habían dado un tazón no muy grande para que lo utilizase como los viejos hacían, los pobres, con los orinalillos debajo de la cama. Muy de abuelos. Pues yo lo que hacía era rebozar bien la estancia en la que estaba recluido. Los muy tontos no sabrían que las heces humanas están bien cargadas de otros colegas muy, muy pequeños, contra los que no tendrían defensa... Ese era mi plan. Me los iba a cargar a base de mierda.

Como todos sabemos, al menos los que alguna vez hemos prestado atención en clase, a principios del siglo XX



intentaron invadirnos unos primos de los que me han capturado. ¡Qué cabrones! Llegaron con sus naves y sus rayos mortíferos y nos dieron bien, pero bien. Pero nosotros éramos unos pardillos tontos y pensamos que íbamos sobrados de gallardía y que sólo a base de armas preguerra mundial nos los íbamos a cargar a todos. En realidad los hombres siempre hemos sido unos capullos arrogantes, que es muy de peli, pero es cierto.

En aquel entonces nos salvaron los microorganismos. Joder, nosotros asustados por un resfriadillo y resulta que pueden aniquilar a toda una forma de vida. Supongo que de ahí les vino la idea a los de la carrera armamentística de incluirlos dentro de misiles o de cartas. Y luego desarrollaron compuestos químicos que no tuviesen antídotos. Y luego dan con la forma de desarrollar la bomba atómica. Eso sí, se les olvidó que todo aquel arsenal era para usarse contra los invasores extraterrestres, no los unos contra los otros.

Nos habríamos merecido una invasión en toda regla. Que nos hubiesen esclavizado, que nos hubiesen robado todos nuestros recursos, que nos hubiesen alienado (a veces pienso que esta palabra es tan significativa...), que hubiesen raptado a nuestros hijos, que nos hubiesen obligado a construir sus ciudades y nos hubiesen

encerrado en cuadras como a los animales, luchando por las migajas de comida que de vez en cuando nos tirasen. Nos habríamos merecido que se hubiesen cepillado la capa de ozono de una vez por todas, que hubiesen derretido los polos con sus rayos caloríficos, que se hubiesen tirado pedos alienígenas hasta convertir la atmósfera en algo irrespirable y opaco y que sus animales y plantas o lo que sea que tuviera esta gente por ahí, se hubiesen comido a los nuestros. A veces sueño que en realidad se quedaron en La Tierra, escondidos entre nosotros. Vaya, vaya. Ya están aquí otra vez. Pues esta vez no os va a resultar tan fácil.

Nada de electroshocks ni dardos urticantes ni control mental. Tengo preparado un cóctel mortal en el tazón. Seguro que ahí habrá alguna bacteria que por fin os destruya. Se terminó esa resistencia que parece que tenéis a mi flora bacteriana. Ni siquiera los antibióticos que seguro habréis desarrollado en este tiempo os salvarán de mi ira desatada. Venid, pequeños cabrones extraterrestres. Venid a por mí, pero no conseguiréis invadir mi planeta. No si puedo evitarlo...

El Doctor García miraba por la pequeña ventana de la puerta lo que ocurría dentro de la habitación 105. Sabía que aquel era el paciente más difícil de su ronda.

–Doctor, ¿está usted seguro de que puedo pasar? La última vez que lo intenté me tiró pis a la cara. Y la verdad es que no me pagan plus de peligrosidad. Sólo tengo el palo de la fregona para defenderme.

–No te preocupes Lourdes, yo pasaré contigo.

–Pero es que no entiendo por qué hace lo de la caca. Es asqueroso –dijo con gesto de nausea.

–Verás, no siempre comprendemos lo que ocurre en la mente humana.

Algunas personas responden al estrés con episodios de amnesia, otras se deprimen, otras se vuelven agresivas, otras huyen...

–¿Y tan mal le ha ido a éste para que le encierren en la celda de aislamiento del loquero? Ups, perdone doctor, yo no quería... –Al decirlo sintió que su cara enrojecía tanto que se le podría prender la punta de las orejas en cualquier momento.

–Ja, ja, ja –el doctor rio ante la imagen que se le vino a la cabeza de un manicomio anticuado y lleno de aparatos extraños–. Cada persona es un mundo, Lourdes. Y lo más triste de todo es que, después de haber superado la pérdida de su mujer por un cáncer y de que lo despidiesen

del trabajo por estar con ella, lo que finalmente le ha derrotado ha sido la humillación del desahucio.

Volvió sus ojos hacia aquel hombre vencido que estaba al otro lado de la puerta y que sin embargo, le miraba con un intenso fuego en los ojos.

—¿Sabes Lourdes? A veces pienso que es mejor dejarle dondequiera que esté ahora...

## CATEGORÍA DE ADULTOS

–FINALISTA–

–Principio de Formulario–

*Autora: María Bellido Vargas*

*Pseudónimo: Pereira*



## **PRINCIPIO DE FORMULARIO**

### **723**

Yo nunca lo he visto, pero los que sí lo han hecho cuentan que en mitad del despacho del Director General, al lado de la mesa con las muestras de los mejores sueños, hay un gran panel electrónico lleno de lucecitas. Cada luz tiene a sus pies una pequeña placa de aluminio con una cifra, 301, 453, 224, debe haber por lo menos quinientas, y junto a ellas hay un botón blanco. Nadie parece saber para qué sirve el botón, pero cada bombilla brilla con una intensidad diferente. Algunas desprenden una luz azul, y otras parpadean con un tono rojizo. Los que las han visto cuentan que si te acercas mucho puedes ver que la mayoría están apagadas.

Mi nombre es L, y espero algún día, tener el privilegio de ver con mis propios ojos esa maravilla de la que todos hablan. Mientras tanto me conformo con soñar.

No sé desde cuando conozco la existencia del panel porque al principio, cuando llegue aquí, nadie me hablaba y de eso debe de hacer ya veinte años, veinte años de los de antes. En cualquier caso, no puedo estar seguro, porque la medida del tiempo, como tantas otras cosas en este lugar, no nos está permitida. La única forma de medida que se nos autoriza a usar es la del sueño. Si queremos comer tenemos que fabricar 99 sueños, para cenar hay que hacer 66 más y otros 13 para irnos a la cama a descansar. El desayuno, la merienda y la siesta están prohibidos porque se consideran costumbres decadentes del pasado y aunque muchas veces dudamos sobre cómo llegamos aquí, hay algo que sí tenemos claro, esto es el futuro.

Antes de llegar tenía otro nombre, más largo, pero ahora prefiero que me llamen L porque lo sencillo, a la larga es lo único auténtico y si no somos auténticos no hacemos bien nuestro trabajo. Hace 300 sueños un hombre de mi planta, uno que se llamaba B empezó a pedirnos que le llamáramos Bernardo. En mitad del trabajo te girabas hacia él y le decías "Por favor B, ¿me pasas el abrillantador de sueños?" Y él te contestaba: "Te lo paso si me llamas Bernardo " Al final tenías que levantarte y



cogerlo tú mismo, aquello era ridículo y ralentizaba mucho el proceso de producción.

B era un hombre extravagante, siempre llevaba una bufanda roja alrededor del cuello, aunque aquí nunca hace frío, y a pesar de que al llegar fue el primero que me habló, poco a poco empezó a caerme mal. Si al menos lo de “Llámame Bernardo” y lo de la bufanda hubieran sido sus únicas rarezas no se la habríamos tenido en cuenta pero después de eso empezó a hablar todo el tiempo de su otra vida; que si había tenido dos hijos, que si una vez se había bañado en el mar desnudo con su mujer, que si les gustaba mirar juntos la lluvia. Siempre estaba igual, y por más que el supervisor le regañara y le recordara las normas cada dos o tres sueños se olvidaba de ellas y volvía a la carga.

A mi amigo K, tampoco le caía bien, pero siempre que en las comidas hablábamos mal de él nos recordaba que B había sido el creador de los famosos sueños exocéntricos y que le debíamos un respeto. Aunque nosotros teníamos prohibidos los sueños sabíamos que los sueños exocéntricos habían marcado época y como eso era algo innegable cuando K lo decía todos bajábamos la cabeza y nos callábamos.

En cualquier caso, hasta K tuvo que darnos la razón cuando B en pleno proceso productivo decidió que ya no quería usar más la Mezcla Base Renovada MBR y exigió usar como base la antigua Masa Soñadora MS. El proceso de producción se paró y el supervisor de planta tuvo que llamar al supervisor general que llegó dando voces. Metieron a B en un despacho y estuvieron discutiendo con él hasta la cena. A través de los cristales escuchábamos frases sueltas a pesar de que el supervisor había subido el silencio ambiental antes de entrar al despacho. B decía que aquella mezcla estaba provocando sueños defectuosos y que aunque era cierto que eso nos permitía hacer más sueños, al final la calidad de estos era mínima. El supervisor viendo que con los gritos no conseguía nada acabó por decirle a B que la calidad era un concepto decadente y que si B no lo entendía a lo mejor era porque estaba dejando de formar parte del futuro. Al oír aquello B se quedó callado y pidió permiso para volver a la cadena de montaje.

Desde ese momento, todos empezamos a esquivarlo y ya nadie se sentaba con él. Yo, a veces, sentía lastima y le sonreía cuando me lo cruzaba en un pasillo si no había ningún supervisor a la vista, pero si intentaba hablarle B miraba a otro lado y se marchaba sin decir nada. Además,

debía de haber pillado una enfermedad rara y si te acercabas lo suficiente veías una ligera capa de moho blanco creciendo sobre su piel. No sé qué era aquello pero a todos nos preocupaba que pudiera ser contagioso. Como cada vez tenía menos contacto con la gente ninguno nos dimos cuenta de su desaparición hasta mucho después cuando mi amigo K se encontró en el suelo un sueño exocéntrico abandonado.

Solo entonces fui plenamente consciente de que B ya no estaba entre nosotros. B, Bernardo, había desaparecido pero aunque hablé con mis compañeros, nadie parecía saber gran cosa sobre lo que podía haber pasado, así que al final yo también le olvidé.

Sin embargo, todo cambió cuando, accidentalmente, un sueño común recién hecho, se me quedó pegado en la bata de trabajo. Lo descubrí cuando estaba en mi celda preparándome para descansar y aunque debería haberlo devuelto enseguida me dio pereza. Con suavidad, lo desprendí de la bata y me lo puse en la mano para mirarlo. Tenía muy buena pinta, redondo, brillante, casi perfecto, no como los sueños exocéntricos que por fuera estaban llenos de aristas. Recordé las quejas de B y pensé que sin duda aquella extraña enfermedad de la piel le había hecho

perder la cabeza. Entonces no sé muy bien qué se me pasó por la cabeza, pero al tenerlo allí, en la mano, no me pude resistir y aunque estaba totalmente prohibido me metí el sueño en la boca y caí inconsciente.

Al despertar me sentí lleno de fuerzas, tenía más ganas de trabajar que nunca, estaba feliz, pletórico. No recordaba nada de mi sueño pero sin duda me había sentado muy bien. Como en apariencia no había pasado nada malo, decidí pedirle a mi amigo K el sueño exocéntrico que se encontró en un pasillo, me lo dio a regañadientes y me pidió que no le contara a nadie de dónde lo había sacado.

Aquella noche cuando lo saqué del bolsillo y lo puse sobre mi mano me pareció totalmente diferente. Es verdad que por fuera parecía imperfecto pero si lo mirabas bien tenía un brillo cautivador. Además, al moverlo sonaba una especie de rumor lejano a música, como si alguien estuviera tocando el arpa escondido en algún lugar de mi planta. No lo pensé más y me lo tragué. No pasó ni un segundo cuando empecé a tener unas visiones maravillosas. Los mejores recuerdos de mi vida anterior aparecieron ante mis ojos con un realismo tan grande que era como volver a estar allí. Mi madre en la casa de la

playa con los pies descalzos. Mi hija pequeña, a la que había olvidado por completo, llevándome de la mano por el pasillo al llegar a casa. Mi amor del colegio dejándome acariciarle un arañazo que tenía en el muslo... Todo lo mejor de mi vida pasada estaba allí, lo que había ocurrido y lo que siempre deseé y nunca llegó a pasar. Todo se mezclaba como si fuera verdad, como si fuera la única verdad posible. Esta vez cuando desperté lo recordaba todo.

Al llegar a la cadena de montaje busqué a K y le conté todo lo que me había pasado pero no pareció sorprenderse. Era normal me decía, no hacía falta probar un sueño exocéntrico para saber lo potentes que eran. No entendía nada, su indiferencia me desesperaba ¿No se suponía que los sueños que fabricábamos eran los mejores? K me miraba compungido y me pidió que bajara la voz, pero no podía hacerle caso, tenía que ir a hablar cuanto antes con el supervisor y contarle todo, aunque me impusieran un castigo. B tenía razón, tenía razón y le habíamos tratado como a un loco.

Me levanté y me fui directo al despacho del supervisor de planta. Para mi sorpresa me escuchó sin alterarse, asintiendo a las cosas que yo contaba con frases

del tipo "¿No me diga?" "¡Menuda sorpresa!" "Así que el pobre viejo B, nuestro querido B tenía razón después de todo, me deja de piedra" Se levantó y me dijo "Pues esto debemos comunicarlo a nuestros superiores cuanto antes, acompáñeme por favor".

Empecé a caminar detrás del supervisor. Poco a poco me di cuenta de que íbamos hacia el despacho del Director General, por fin entraría allí y podría ver con mis propios ojos el tablero de las luces. El supervisor llamó a la puerta pero me dijo que debía entrar yo solo. Un sonido metálico se escuchó y la puerta se abrió. Entré despacio, pidiendo permiso pero nadie me contestó. El cuarto estaba en penumbra pero el panel con las luces estaba en mitad de la sala tal y como me habían contado. Me acerqué, hipnotizado por el brillo de aquellas bombillas, el tablero era mucho más grande de lo que yo nunca había imaginado.

Miré de cerca y vi que efectivamente muchas de las luces estaban apagadas. Miré las placas con las cifras y los botones blancos y de repente, cuando estaba tentado de pulsar uno, descubrí a un hombre sentado en el suelo cubriéndose la cara con las manos mientras lloraba. Su llanto me conmovió, hacía por lo menos un millón de

sueños que no veía a nadie llorando, "¿Se encuentra bien?" pregunté pero él no me contestó. Entonces se levantó y pude verle bien, era el Director General.

–¿Es usted, L? –me dijo.

–Sí –contesté sorprendido de que me conociera.

–¿Su número de empleado es el 723?

–Sí.

–Bien, pues haga el favor de acercarse al panel.

Me acerqué de nuevo a las luces.

–Supongo que le habrán hablado de su existencia pero ¿sabe para qué sirven?

–La verdad es que no.

–Bien pues si quiere saberlo no tiene más que pulsar el botón 723.

Aquello empezó a parecerme peligroso pero antes de que pudiera hablar se escuchó una voz fuerte y metálica que nos sobresaltó a los dos.

–Señor Director General aproxímese al panel junto al empleado 723.

El Director volvió a llorar pero sumiso se puso a mi lado.

–Señor Director General busque el botón 005, cuando yo les diga deben pulsar sus botones. No se resistan, no serviría de nada y empeoraría las cosas. Usted ya lo sabe.

El Director se giró buscando el lugar por el que salía aquella voz, pero no logró encontrarlo.

–¿Por qué yo? –gritaba– con todo lo que he hecho ¿Por qué yo? ¿A mí nunca me tembló el pulso?

–Señor Director General, empleado 723 –dijo la voz, inflexible–. Haré una cuenta atrás al llegar al uno pulsaran sus botones.

El Director General volvió a colocarse a mi lado y extendió la mano hacia su botón.

–TRES... DOS...UNO.

Una luz blanca inundó la habitación.



Ahora, no sé dónde estoy. Podría decirte que estoy en medio de un gran espacio blanco, pero solo lo haría para que te hicieras una idea, porque no tengo forma de saber si esto es el medio de algo, o la nada más absoluta. Lo que sí sé es, que esté donde esté, nadie, absolutamente nadie, me echa de menos.



## CATEGORÍA DE ADULTOS

–FINALISTA–

–Historia–

*Autor: Jorge Martín Delgado*

*Pseudónimo: Sargento Henry Williamson V*



## HISTORIA

–Capitán Williamson, hemos encontrado estos papeles entre los restos.

–¿Qué son?

–Parece un código de leyes. Pero tiene una especie de carta escrita en los márgenes.

–¿Está en nuestro idioma?

–Sí, señor.

–Bien, léala.

–A la orden,

– “A quien pueda leerlo:

No sé si esto que escribo llegará a alguien algún día.  
Ni siquiera sé si será comprendido allí donde se encuentre.

Encerrado en este lugar apenas puedo adivinar nada de lo que pasa por fuera. No sé ni dónde estoy ni hacia qué parte del universo me dirijo. Solo sé que viajo...en el tiempo.

No lo hago por voluntad propia. Estoy condenado. En el mundo de donde vengo, mis actos son considerados un grave delito que es castigado con el destierro o, mejor dicho, con el destiempo. El crimen del que se me ha acusado es el de traficar con recuerdos.

Puede que allí donde comprendan esta carta extrañe lo que estoy diciendo. Podrán pensar que son las palabras de una mente perturbada; fruto de una larga y solitaria estancia en un cubículo estrecho y oscuro.

No estoy loco. Desde hace más de cien años, en mi mundo está terminantemente prohibido evocar el pasado en cualquiera de sus formas. No puede haber ningún objeto que recuerde historias o personas del pasado. Una simple foto es motivo para pasar por el quirófano y extirpar las zonas específicas del cerebro que tienen que ver con esos recuerdos. Hablar de una persona muerta tiene el mismo castigo. El objetivo de esta medida es, según el Libro de la Sabiduría del Gobierno del Mundo: ...eliminar

toda nostalgia derivada de historias pasadas, para facilitar el desarrollo de mentes libres de ataduras. El gobierno pretende así proporcionar una vía segura hacia la felicidad de los ciudadanos, a través de la exclusión de sentimientos que son producto de la interacción de la mente con el pasado.

El fanatismo patriótico, la venganza, el sufrimiento, la pena o la depresión, son ejemplos claros del producto de este tipo de memoria. Por lo tanto, todo indicio en los ciudadanos que sea descubierto por las autoridades, tendrá como resultado la eliminación radical de las conexiones cerebrales causantes de este trastorno.

Dicho de otro modo. El gobierno está creando una nueva especie de humano a través de la manipulación del cerebro. Y parece que casi lo ha conseguido, ya que en los últimos tiempos son muy pocas las personas que hemos infringido esta ley.

Aparecen de cuando en cuando quienes presentan este “trastorno”. Un gen recesivo que resiste el paso del tiempo y mantiene intactas las sinapsis neuronales de la zona de los recuerdos.

A estas personas, entre los que me encuentro yo, la manipulación cerebral parece no surtir el efecto deseado en las generaciones posteriores. Así que, como castigo, nos meten en una cápsula cerrada y nos envían a través del espacio y el tiempo a un futuro lejano en el que no exista nada que se parezca lo más mínimo a nuestro mundo. La crueldad de esta medida es indescriptible.

Todo empezó con mi tatarabuelo a finales del siglo XXI. Un militar de la armada que coleccionaba postales y sellos. No sé mucho más de él, pero es el primer familiar del que me habló mi padre. Fue detenido poco antes de la promulgación de la ley contra el pasado. Le denunció un subalterno. Las razones de su detención nunca fueron desveladas, aunque en mi familia siempre se sospechó del denunciante. Lo único que sé es que pasó el resto de sus días en una prisión de seguridad 5.

De mi abuelo, mi padre me contó historias increíbles. Militar también de profesión, era muy aficionado a los libros de historia. Estos sólo se podían encontrar en el mercado negro, al igual que otros muchos objetos que la gente tiraba a la basura para no ser capturados. Alguien los recuperaba de los vertederos antes de ser desintegrados y los ponía a la venta.



Por aquella época existía mucha gente enganchada al pasado, ya que la campaña de desmemorización no llegaba a todos los rincones del mundo. Aun así, el riesgo de ser descubierto era importante, razón por la que mi abuelo construyó un bunker, camuflado en un bosque cercano a casa, en el que guardaba todo lo que iba recopilando. En sus travesías por el mundo, entraba en contacto con los mayores traficantes de recuerdos e historias y adquiría todo lo que podía llevar escondido en su ropa interior. Con el tiempo, logró hacerse con una colección a la altura de la de un museo del siglo XX.

Se casó y tuvo un hijo; los militares eran de las pocas personas autorizadas para procrear. Se suponía que la disciplina férrea de la armada hacía que los recuerdos se borrarán mejor y más rápidamente en la descendencia. En mi familia, esta teoría resultó ser incorrecta. Mi abuelo proporcionó la educación oficial a mi padre a la vez que le enseñaba en el bunker toda la historia que fue capaz de reunir. Estaba convencido de que el pasado era importante y que el Gobierno estaba cometiendo un grave error al impedir el conocimiento de la historia. Quería que mi padre conservara el recuerdo de su familia, que supiera de quién era hijo, que entendiera cómo había llegado a ser el hombre que era y por qué.

Mi padre se empapó de todo lo que le contaba el suyo y se contagió del entusiasmo de mi abuelo. Con el tiempo, la eficacia de las autoridades para detectar traficantes fue en aumento. Instalaron cámaras en los vertederos e insertaron detectores de rastreo en muchos de los objetos que allí se tiraban. La tecnología conspiró en contra de los traficantes y consumidores. Mi abuelo, aún contando con la ventaja que le daba su posición en el ejército, cayó en una de las redadas. Fue operado y encarcelado. Dejó de ser hijo de alguien para convertirse en individuo sin historia. Tal fue el alcance de la intervención en su cerebro que perdió incluso todo recuerdo de antes de su encarcelamiento. Sufrió una amnesia total.

Para mi padre, esta circunstancia fue un golpe de suerte. El bunker no fue encontrado, entre otras cosas porque no había ninguna evidencia que hiciera sospechar de su existencia, y la colección pudo conservarse una generación más.

Mi padre pasó muchas horas aprendiendo de memoria todo lo que había en el escondite. Si lo descubrían podría escribir y dibujar todo lo que allí se encontraba. De esta manera, pretendió conservar una copia de seguridad. En su cerebro.

Se graduó con honores en la academia; de militar, como no podía ser de otra manera. Su entrenamiento mental con la enseñanza extraoficial le proporcionó una gran ventaja con respecto a los de su promoción, mereciendo un puesto importante en la cúpula militar. Allí conoció a mi madre.

Un dicho en mi tierra decía que “el científico los crea y ellos se juntan”. Pues bien, mi madre resultó ser también una consumidora de recuerdos. Pasadas las reticencias lógicas de los primeros tiempos de la relación, ambos se confesaron. Mi padre me dijo que no se sorprendieron. Lo adivinaron mucho antes, mirando sus ojos. Algo más allá de la tecnología y la ciencia les decía que eran iguales. Tenían los mismos gustos y opiniones.

Mi padre uso de sus influencias para hacerse junto a mi madre un examen de ADN. Los parecidos eran tantos que cabía la posibilidad de que provinieran de la misma probeta. El sexo practicado mucho tiempo atrás estaba prohibido. Era considerado un acto que evocaba instintos antiguos que debían desaparecer, por lo que solo se podía tener descendencia en el laboratorio. Y a veces se cometían errores.

El resultado del análisis no reveló ningún parentesco, gracias a lo cual mi madre y mi padre fueron mis padres biológicos; situación absolutamente prohibida ya que los óvulos debían ser todos anónimos. Pero que mi padre pudo resolver y esconder el delito aprovechando su rango y posición. Me engendraron guardando las apariencias de un embarazo totalmente artificial.

Mi madre no conocía de quién era hija. Las mujeres eran criadas desde bebés en instituciones totalmente aisladas del exterior. Con esta medida se conseguía eliminar todo atisbo de relación sentimental que proporcionaban los lazos familiares. Se sabía que solo las mujeres heredaban este tipo de emociones, que contribuían a conservar los recuerdos. De las instituciones, mi madre siempre las llamó cárceles, las mujeres salían al exterior sin un ápice de sentimentalismo.

Evidentemente, mi madre no fue como las demás. Salió de su cárcel con el cerebro preparado para recordar.

En poco tiempo comenzó a consumir, aunque se deshacía pronto de los objetos que compraba porque tenía miedo de ser descubierta. Cuando mi padre le contó que tenía un bunker lleno de recuerdos y de historias, no pudo

contener su emoción y le besó en los labios en medio del parque. La multa fue enorme, pero por suerte solo quedó en eso; volvieron a funcionar las influencias.

Sin embargo, desde ese momento, mi padre empezó a ser mirado con lupa. Había llegado el rumor de que en las altas esferas del gobierno y el ejército había consumidores y las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley comenzaron a investigar las vidas de los altos cargos. No podía consentirse que el plan de crear la nueva especie pudiera verse entorpecido por personas con poder de decisión.

Varios presidentes de estado fueron detenidos y obligados a señalar a otros posibles consumidores. Generales, coroneles, vicepresidentes, subsecretarios...muchos fueron acusados, la mayoría injustamente. Todos pasaron por el quirófano y todos vieron sus vidas y carreras truncadas para siempre. Aunque a ninguno le importó; ya no podían sentir nostalgia.

El cerco se cerraba y mi padre veía cada vez más cercana su captura. Temiendo por su familia convenció a mi madre para que lo delatase. Ella iría al Ministerio de Vigilancia y revelaría datos sobre las actividades delictivas

de mi padre. Sería una prueba dura de superar, por lo que estuvo varias semanas preparándose para no mostrar sentimiento de culpa. No podía apreciarse signo de tristeza ni lágrimas incipientes en sus ojos. Nada de temblores en las manos ni de movimientos nerviosos. Aprendió a indignarse con las actividades encubiertas de mi padre hasta casi convencerse de que su deber era delatarlo. Siempre me confesó que en la soledad del cuarto de baño lloraba por lo que iba a hacer. Pero lo hizo, porque si no, todos habríamos acabado detenidos y desmemorizados. Los recuerdos de una sola persona bien podían sacrificarse si se podían mantener en sus descendientes. Yo era esa premisa.

    Mi madre denunció a mi padre. Excepto que yo era hijo biológico de ambos, mi madre contó todo lo que había hecho mi padre hasta ese momento. Con esa cantidad de delitos delatados, ella quedó fuera de toda sospecha. Mi padre no solo fue operado sino que también fue enviado a la cárcel para el resto de sus días. Diez días tardó en morir, cinco más de lo que era habitual en ese tipo de prisiones.

    Mi historia fue muy parecida a la de mis antepasados.

Mi madre retomó la misión de enseñarme todo lo prohibido. Era muy joven aún, pero también me convertí en un ferviente consumidor.

Más adelante me enseñó el lugar donde estaba oculto el bunker. Como mi padre, memoricé todo lo que allí había y también hice mi contribución robando algunos objetos que encontraba en los contenedores de basura o internándome en los pocos mercados ilegales que aún quedaban escondidos por el mundo.

Las autoridades no nos prestarnos mucha atención a mi madre y a mí. Al menos, eso es lo que pareció.

Acabé mi formación militar y entré a formar parte del grupo de programación informática del cuartel general de la división espacial. Aunque mi herencia pudo ayudarme para lograr un puesto de importancia, mi madre me aconsejó que me mantuviera alejado de las miradas de los demás. Tenía que ser lo más discreto posible. Mi padre y mi abuelo no lo fueron y se convirtieron en el centro de atención de los vigilantes, hasta que cayeron en sus manos.

Así que hice caso a mi madre y comencé a trabajar como un simple informático, programando pequeñas

rutinas para insertarlas en los programas dedicados a la exploración e investigación de cúmulos de estrellas. También realice prototipos de programa para los sistemas internos de las naves espaciales y otro tipo de rutinas para el chequeo, verificación y activación de programas.

Pronto me di cuenta que este anonimato me dejaba mucho tiempo libre para dedicarlo a consumir más y más historias y recuerdos. Así que empecé a organizar una red de tráfico de historias. Me centré en los siglos XIX y XX, pues esos libros y objetos se encontraban en el fondo de los vertederos y carecían de localizadores. Tal fue la cantidad de objetos que logré acumular que no tuve más remedio que ampliar el bunker. Fue trabajando en esta obra, pasados unos años de haberla empezado, cuando unos ruidos alertaron a unos cazadores que pasaban cerca del bunker y que no tardaron en comunicarlo a las autoridades.

Fui descubierto y arrestado. Más tarde me dijeron que me estaban vigilando desde hacía tiempo. Unos nuevos estudios genéticos que habían desarrollado revelaron mi ascendencia. Todos mis antepasados habían sido detenidos por consumo y tráfico. Eso les hizo sospechar sobre mi comportamiento y decidieron investigar.



Accedieron a los resultados de mis análisis, descubriendo que mi ADN no había mutado tal y como se esperaba después de tantas generaciones. Entonces esperaron a que cometiera un error: la ampliación del bunker.

En la cárcel me hicieron innumerables pruebas. Como en algunos casos que se habían producido en esa época, la conclusión fue que la intervención quirúrgica no tendría ningún efecto sobre mis recuerdos ni sobre mis posibles descendientes. Por lo tanto, debían aplicarme la máxima pena: el destiempo, el viaje en el espacio y el tiempo.

Ahora me encuentro en una cápsula con destino a cualquier parte. Los recuerdos me han traído hasta aquí. A veces pienso que mi genética ha sido una maldición. De haber podido olvidar no habría llorado la muerte de mis padres. No habría sentido odio a las autoridades que me los arrebataron. El olvido te libera del sufrimiento. En eso llevaban razón. Mis antepasados siempre pensaron que para conocerse lo mejor era saber la historia, pero hoy, metido en este lugar, viajando a un tiempo desconocido, creo que ese conocimiento me ha hecho infeliz siempre. Puede que el saber nos haga libres, pero también infelices.

Puede que aquel teniente que quiso esconder su pasado denunciando a mi tatarabuelo hubiera encontrado el secreto de la felicidad. Al menos logró saber cómo eliminar el sufrimiento. Y ahora, ya no me parece tan mala la Ley del Olvido que instauró. Mis padres y los padres de mis padres, se equivocaron.

Me queda poco tiempo. El sistema de letargo me avisa que va a comenzar su activación.

En esta nada que me rodea, el Ministerio de Vigilancia espera que despierte en un futuro lejano. Pero yo participé en el diseño de la actualización del sistema de resucitación y programé una subrutina extra. Lo preparé hace tiempo Yo no despertaré.

Espero que allí, en el futuro donde he acabado, la lectura de esta carta valga para algo.

Ahora, voy a dormir.”

—¿Eso es todo, teniente?

—Sí, capitán. Pero, ¡mire la firma!

“Sargento Henry Williamson V”

## CATEGORÍA DE ADULTOS

–FINALISTA–

–Cerca de las estrellas–

*Autor: Antonio Díez Fernández*

*Pseudónimo: Spica*



## CERCA DE LAS ESTRELLAS

Quedaban apenas diez minutos para que el partido terminara y todo estaba en manos, o mejor dicho en los pies, de aquellos extraños tipos.

–Míster, ¿qué están haciendo esos dos? ¡Nos estamos jugando la vida!

–No te preocupes, saben lo que hacen...–mentí.

Porque no tenían ni idea, o eso parecía. A los dos los había fichado el presidente gracias a no sé qué chanchullos en Oriente Medio con no sé qué empresas de no sé qué jeque. Y me daba igual. Al fin y al cabo el trabajo de un entrenador es así: pasa por un equipo, hace lo mejor que puede, y en dos o a lo sumo tres temporadas ya está fuera. El fútbol es un deporte cruel en el que sólo cuenta el presente, y eso no hay nadie que lo pueda soportar. Así que si el presidente me ficha dos árabes de dieciocho años pues me parece bien. Y si los tengo que alinear pues los alineo. Y si nos estamos jugando el ascenso a segunda

división pues no pasa nada. Además, que el presidente ya me advirtió que tenía que exhibirlos en los partidos importantes, para ver si los podía vender cuanto antes por la millonada que no le habían costado. Así me lo dijo:

–Exhíbalos, sobre todo en los partidos importantes. Y hable bien de ellos a la prensa.

–Sí, señor... por cierto, ¿se sabe algo de mi renovación?

–Renovación, renovación, todos sois iguales... Usted ascienda al equipo, que mi dinero me ha costado y asegúrese de que el año que viene estemos en segunda división, muchos negocios dependen de eso. Y después ya hablaremos. ¿Ha recibido alguna oferta?

–No

–Recuerde que, si recibiera una oferta, el cincuenta por ciento del traspaso es mío, no se le vaya a olvidar. Si le ofrecen algo me llama inmediatamente, ¿entendido?

–Sí

–¿Cómo está el equipo, ganaremos?

–Creo que sí

–Bueno, bueno, esperemos que así sea...

El caso es que ya sólo quedaban cinco minutos y mi futuro, el del equipo y el de los futuros negocios del señor presidente dependían del genio de los hermanos Abdelsaúd. En mi vida había visto pareja de delanteros más obtusa e incapaz. Y eso que he visto muchos jugadores pésimos, no en vano he sido despedido de seis equipos en mi vida: cuatro en tercera división y dos en segunda b. Daban la impresión de que aquella era la primera vez que jugaban: apenas tocaban el balón lo echaban fuera de una patada y no respondían a las llamadas ni a las broncas del resto de compañeros quienes, poco a poco, optaron por abstenerse de pasarles la pelota.

Eran un desastre total. Al menos el otro equipo era aún peor que nosotros, y su tridente de atacantes surcoreanos no parecía muy efectivo tampoco. Todo nos avocaba al cero-cero, lo cual nos impediría subir de división. Era mi ruina; ya me veía en la cola del paro otra vez, y la bronca de mi mujer, y el runrún de los vecinos cotillas, y... Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya,

pero mis recursos de entrenador no valían entonces para más. Me preguntaba ¿qué harían los entrenadores de primera división ante un caso así? ¿Qué dirían? Porque yo no decía nada: escondido en el banquillo me limitaba a mirar a los hermanos con todo el odio que podía acumular, concentrando sobre ellos todas mis fuerzas para ver si así, aunque fuera telepáticamente, les trasmitía parte de la vergüenza que yo estaba sintiendo y hacían algo. Les miraba y les miraba, pero nada. Mi odio crecía hacia todos ellos, hacia el presidente, hacia el árbitro -a pesar de que el pobre diablo no tenía culpa de nada, pero me salía así por costumbre.

Sin embargo algo inesperado y espeluznante estaba a punto de ocurrirme. Tan espeluznante fue que hasta hace apenas un par de semanas no he podido contárselo ni a mi mujer y, si ahora lo hago, es porque usted me pide que se lo cuente, y así lo hago. Les ruego que no se burlen de mí ni se rían, porque no es ninguna broma. Esto sucedió:

Como digo, estaba odiando al mundo en general y a los nuevos fichajes en particular cuando, en medio de aquellos funestos pensamientos, se coló una voz. Una voz, sí, de uno de los hermanos Abdelsaúd además. Me dijo:



–No se preocupe entrenador, no nos odie. A fin de cuentas no somos futbolistas.

Miré a mi alrededor por si se trataba de una broma. No lo era. El resto de suplentes y utileros guardaba silencio, pues íbamos a sacar un córner, quedaban tres minutos y la tensión era máxima. Por inercia me hurgué en el bolsillo para mirar el móvil, por si el sonido provenía de allí, lo cual era absurdo porque siempre lo dejaba en el vestuario. Pregunté en voz alta a los chicos:

–¿Alguno de vosotros ha dicho algo?

–No

–¿Seguro?

–Yo no.

–Yo tampoco.

–Ni yo.

–No

–Etcétera.

Entonces lo volví a escuchar:

–Entrenador, somos los hermanos Abdelsaúd. Los dos. Porque los dos somos en realidad la misma persona.

–¿Qué? –dije en voz alta.

–Que yo tampoco he dicho nada –respondió alguien del banquillo.

–Vale, vale, no pasa nada –respondí– ¿Qué? –Dije esta vez telepáticamente.

–Que no somos de aquí.

–Ya lo sé, sois del emirato de no sé dónde.

–No. No somos de este planeta, somos de un lugar no del todo lejano a esta galaxia, pero en cualquier caso de bastante más lejos de lo que usted pueda imaginar.

–¿Te burlas de mí?

–¿Cuánta gente conoce que pueda hablar telepáticamente?

–Ninguna.

–Pues eso.

–De todas formas, idiotas, os he dicho en el descanso que en los saques de esquina os situéis en uno en el punto de penalti y otro en el segundo palo, ¿dónde leches estáis?

–Lo siento entrenador, no estábamos atentos.

–No me lo jures... Moveos más a la derecha, tapad ese hueco.

–¿Qué hueco? Mire míster, el fútbol no nos interesa, hemos venido a la tierra con otros propósitos. Si quisiéramos podríamos marcar los goles que se nos antojaran, pero no podemos malgastar energías: nos reservamos para algo mucho más importante.

–¿Más importante que subir a segunda división?

Justo en aquel momento uno de los hermanos recibió un pase al hueco, pero no se movió. No dije nada, en parte la culpa era mía por entretenerles con tanta charla telepática, pero era otra oportunidad perdida y ya sólo quedaba un minuto más el descuento. ¡Estábamos perdidos! No me quería ni imaginar lo que me diría mi mujer al llegar a casa. Para rematar, el partido lo estaban televisando por la cadena autonómica y seguramente la inoperancia de mi equipo estaba siendo la comidilla de

todo el barrio. Me hundí un poco más en el asiento y traté de quemar mi último cartucho.

–Si sois tan poderosos, demostradlo, marcad un gol ahora y yo os ayudaré con vuestra misión interplanetaria.

–¿Pero qué dice, míster? –me dijo el masajista, que tenía por costumbre sentarse a mi lado.

No respondí. Me limité a repetir mi oferta telepáticamente.

–¡Ja! ¡Usted no sabe con quién está hablando ni cuál es nuestra misión!

–¡Y vosotros no conocéis a mi mujer! ¡Ni a mis vecinos! Si lo supierais tendríais compasión... ¡Apelo a la solidaridad intergaláctica propia de estos casos!

–¿Qué solidaridad intergaláctica?

–Pues... ¡La típica solidaridad intergaláctica, cuál va a ser!

–Mire, entrenador, nosotros hemos venido aquí no en nombre de la solidaridad, ni en son de paz. Somos exploradores del cosmos. Hemos suplantado la

personalidad de estos dos pobres desgraciados para poder recorrer mejor vuestro planeta. Y puedo decirle algo: su mundo es perfecto para nuestra especie. Pronto una gran flota de naves atravesará vuestra débil atmósfera y en cuestión de días todos los seres humanos seréis esclavizados para poder proveernos de materias primas agotadas en nuestro planeta. ¿Entiende ahora la gravedad del asunto?

–Pero, ¿por qué aquí? ¿Qué os proponéis? ¿Por qué ahora?

–Es la mejor ocasión, dese cuenta: Este partido está siendo televisado. Cuando termine adoptaremos nuestra forma original y anunciaremos a través del canal autonómico de televisión que una invasión extraterrestre es inminente, que toda resistencia es inútil, aparte de otras instrucciones que ya sabrá a su debido tiempo.

–Vale, vale, lo que queráis, de acuerdo, no me importa nada... pero yo sólo te estoy pidiendo que marquéis un gol, tan solo un maldito gol ahora mismo y os ayudaré. En lo que pueda, como pueda. Me ofrezco también como seleccionador de vuestro planeta para el próximo campeonato universal de fútbol. Lo que sea.

Pedirme y lo haré... ¡Pero marcad un gol! ¡Demostrad vuestro poder!

Justo en ese momento se interrumpió la conexión: un rugido monumental me sacó del ensimismamiento. Tanto los suplentes como el masajista y el resto de ayudantes se levantaron al unísono y se fueron hacia el límite del campo dando saltos y berridos. El público gritaba como poseído por el diablo. Nos habían pitado un penalti a favor. Miré el reloj del marcador: estábamos en el descuento. Salí del banquillo como de un sueño, todavía tenía en mi mente el típico efecto narcótico de haber tenido una conversación telepática con un extraterrestre. Más que caminar me parecía flotar sobre la hierba. Miré al frente y noté como todo el equipo me miraba, el capitán se acercó corriendo hasta el banquillo y me preguntó, podría decirse que me gritó:

–ENTRENADOR, ¿QUIÉN TIRA EL PENALTI?

Iba a responder que lo tirara él mismo, el capitán, que no había fallado ninguna pena máxima en toda la temporada, cuando al mismo tiempo noté en la nuca unos ojos, una mirada que me estaba atravesando. Alcé la cabeza y vi al presidente en el palco, agitando al viento el

brazo derecho en el que humeaba el puro y señalando con el izquierdo a uno de los hermanos. No tenía opción.

–Que lo tiren los hermanos –Dije sin ganas

–¿QUÉ? ¡ESTÁ LOCO!

–Sí.

–Pero, ¿Cuál de ellos?

–Da igual, son la misma persona.

–¿?...

El capitán se encogió de hombros y se acercó corriendo a comunicar mi decisión a uno de los hermanos, quien se dirigió hacia el punto de penalti en medio de un silencio absoluto. El estadio entero se había callado. No se oía nada. Aquellos con buen oído contarían tiempo después que, en aquellos instantes, se podía escuchar el paso del segundero en el reloj del marcador. Los espectadores más inquietos se pusieron de pie, los más tranquilos se comían las uñas y los aquejados de enfermedades del corazón se tapaban el rostro con las manos. Aprovechando aquel mutismo absoluto volví a abrir el canal telepático:

–¡MÁRCALO, CABRONAZO!

–De acuerdo jefe, pero después nos ayudará

–¡SÍ, LO QUE QUERÁIS, DESPUÉS OS AYUDARÉ!  
¡PERO MÁRCALO! ¡MÁRCALO! ¡MÁR-CA-LOOOOO!

El joven delantero alienígena tomó carrerilla en medio de aquella histeria contenida. Comenzó su carrera, a pasos cortos pero cada vez más rápidos hasta encontrarse con el balón. Chutó, con fuerza y a la cepa del poste derecho, muy bien colocado. El portero rival no obstante, adivinando la intención del invasor sideral y en un alarde de reflejos y elasticidad, se lanzó como impulsado por un resorte hacia ese lado y despejó el balón. El árbitro pitó el final. Habíamos fracasado.

Desde las gradas empezó a caernos una lluvia de objetos diversos, algunos más contundentes que otros. Una botella de cristal abrió la cabeza de nuestro portero suplente, una veloz moneda derribó al masajista y un periódico deportivo aterrizó sobre mi cabeza, esto último sin mayores consecuencias. De todas formas yo, ciego de rabia como estaba en aquel momento, no pude controlar mis instintos: corrí desesperado hacia uno de los guardias de seguridad que estaba esperando al árbitro con un



escudo de metacrilato y, aprovechando su descuido, le quité la pistola del cinto. Con ella en la mano seguí corriendo hasta el área rival, donde ambos hermanos intercambiaban camisetas con un par de defensas del otro equipo sin duda como ritual previo a su anunciada mutación.

Cuando llegué a su altura no les di tiempo a decir nada, ni siquiera telepáticamente. El primer tiro fue para el hermano que había fallado el penalti, el cual cayó a plomo dentro del área. El segundo fue para el otro ser del espacio antes de que pudiera plantearse ni reaccionar. Su cuerpo quedó inerte sobre el de su hermano en extraña posición puesto que, desde mi perspectiva, los dos cuerpos de torso desnudo parecían un único ser de cuatro brazos.

El resto de jugadores y público, aterrorizados todos tras el sonido de los dos disparos, abandonaron el estadio a toda prisa, quedándome yo completamente desencajado, gritando como un demente, junto a la media luna del área hasta que un par de intrépidos policías municipales que había por allí, me redujeron y me llevaron a comisaría. Desde entonces no recuerdo nada, no sé cuánto tiempo llevo en esta celda. Esto es todo lo que recuerdo de aquel último partido y así lo dejo escrito.

Por cierto, díganle al presidente que lamento mucho que acabara despidiéndome y sobre todo que, por favor, me disculpe por haber matado de aquella forma a sus dos fichajes estrella, pero que tuve que hacerlo en defensa propia, por el bien del planeta.

Por lo demás les agradezco su interés y me alegra saber que confían en mí esta temporada. Sé que somos un equipo modesto pero, si se trabaja bien, podemos subir a segunda, se lo garantizo. Y yo, ya ven: yo soy un entrenador experimentado en situaciones difíciles y con mucha ilusión y muchas ganas, el hombre ideal para el puesto. No les defraudaré.

## CATEGORÍA DE ADULTOS

**–FINALISTA–**

**–Azrael–**

***Autor: Miguel Ángel Martín Alonso***

***Pseudónimo: Maikel Cubas***



## AZRAEL

*La cuarta luna de Azrael es la más hermosa de todas. La única que se distingue de sus hermanas, con esa tristeza rosácea y ese resplandor amarillo. Contemplados desde mi hogar, sus enormes ríos palpitan como venas y a pesar de la distancia uno siente el fluir de la sangre y la invocación prohibida de sus torrentes.*

Al menos eso es lo que cuento a todos los que me escuchan, los que acuden a mí, sin levantar la cabeza y sorteando el bosque de columnas de lapislázuli que serpentean hasta mi palacio. A veces, en las noches blancas de Azrael imagino que navego en las aguas tibias de esa luna y que desde allí contemplo las impresionantes caravanas de fieles que acuden a mi templo.

¿Cómo se verán ellos desde tan lejos?, ¿acaso se apreciarán también las epidemias, las interminables guerras que entretienen su larga espera? Sueño que un triste chamán como yo, me observa hundido hasta el cuello

en las aguas venosas de la luna y que inevitablemente se ríe de mis preguntas.

*Sé que el lenguaje cifrado de los cometas quiere decirnos algo, las geometrías mezcladas con la palidez del fuego guardan algún secreto que nuestros matemáticos no consiguen aclararnos.*

Eso les cuento, y ellos me creen, mientras generaciones de astrónomos han pretendido precisar si la tercera luna es algo mayor que sus hermanas gemelas. Unas leyendas aseguran que sí, otras que solo es el efecto luminoso de la cuarta en discordia. Hoy, el sabio que ha dedicado su vida a reflexionar sobre tal prodigio compareció ante el pueblo en el centro de la enorme plaza.

Acudió desnudo, magnífico a sus treinta y tres años, algo pálido para mi gusto, sin tatuaje alguno. Cuándo la multitud expectante le lanzó la pregunta, como una sola voz, una voz ronca e inflexible, el astrónomo sintió el peso de su destino, los años de observación en la sombra fría de la tierra mojada, la duda...

Luego, lentamente, levantó la barbilla por primera vez en su vida y en su parsimonioso viaje, por un instante sus ojos se encontraron con los de la multitud agraviada.

Después, siguió con su gesto infinito y acabó con la cabeza alzada, herética, desafiante. Su nariz apuntaba a las estrellas y sus ojos contemplaban, por fin, el misterio de las cuatro lunas.

Entre la multitud solo la mano de un niño se atrevió a moverse. Alzó su puñito de mármol y con un gesto firme arrojó la piedra que contenía en la palma carnosa como un tubérculo y sus raíces. Se oyeron perfectamente los tres golpes de la piedra hasta llegar a los pies del sabio.

*Cada piedra del camino es hija putativa de su correspondiente luna, aseguran los arcanos*

Después fue la locura, la lluvia de proyectiles que la multitud escondía en sus entrañas, la rabia, la impotencia, el desahogo de toda una vida de dudas, de preguntas sin respuesta.

Una tumba empedrada se había formado tras la lapidación en la plaza. Apenas un reguerillo de sangre se escurría avergonzado, como deseoso de escapar de esa barbarie. Más tarde el caminar sereno del niño, el mismo zagal de ocho años y rizos de ámbar que había tirado el primer guijarro. Se acercó hasta la pila de cantos y sin dificultad se encaramó en ella.

*Las lunas no se alinearán nunca, les digo, ese sería el final de los tiempos, las lunas nos guardan; son nuestra fuerza.*

Las gentes vuelven a su mutismo, a ese silencio único que precede a los grandes misterios. Con la misma lentitud que antes lo hiciera su padre, con la misma seriedad y dedicación, el muchacho empezó a dirigir la cabeza, mantuvo un instante la mirada de los otros y luego siguió su destino, enfrentándose por primera vez a las sombras de lunas en el suelo terroso de la plaza, a esas formas inquietantes que habían sido la justificación de su estirpe, generación tras generación, de padre a hijo y que ahora recaía, con más peso que todas aquellas rocas, sobre sus hombros.

Por primera vez hacía ese gesto prohibido de dibujar los contornos, medir con las manos ahuecadas las dimensiones elípticas. El gesto que ninguno de los miles y miles de seres allí reunidos se atrevería a repetir y que él realizaba por casta, con orgullo, por seguir a su padre, el mismo que ahora yacía enterrado bajo sus pies.

*Cuatro son las estaciones de Azrael, cuatro sus lunas. Cuatro es el número mágico que nos divide por*



*razas, por edades, cuatro los golpes que nuestro asesino ha de otorgarnos si quiere hacer bien su trabajo.*

Eso les digo.

¿La primera de las lunas es la más oscura de todas? Los seguidores de esta primera luna de Azrael la consideran la más simple, la más perfecta, la más pacífica. Es la que menos sacrificios recibe pero sus seguidores, dormidos durante décadas, se alzan al más mínimo insulto, ante la insinuación más simple. Suyas son también las cruzadas más sangrientas. Luego, con la misma sencillez con que se levantan, vuelven al anonimato, a la rutina de sus trabajos, a criar a los hijos.

La cuarta luna es mía, es la luz que se refleja en los estanques de plasma, en los ojos inocentes de los lactantes, en los adornos solo permitidos a los muertos.

Mi templo es el más elevado de todos y yo no necesito inclinar mi cabeza para contemplar la coronilla de todos, la parte más sagrada y vulnerable de nuestra especie.

Nadie pues, ha contemplado la mía, nadie lo hará. Dice una Leyenda (más abundantes entre nosotros que las

estrellas), que el secreto del cosmos está en mi coronilla, escondido en los pliegues de mi cuero cabelludo. Tal vez sea así, tal vez si mis dedos supieran leer el misterio de la piel, por fin acabaría con todas las quimeras del mundo, pero también dice la leyenda que quien intente contemplar mi cabeza sentirá el peso inigualable del cielo, fulminado sin pronunciar palabra alguna.

*La tonsura de cuatro inocentes, a la hora exacta del último rayo del día, en una de las interminables columnas de mi palacio son el reflejo idéntico de las cuatro lunas, les digo, sin saber de qué inocentes hablamos, ni como colocarlos, ni como descifrar su misterio.*

A mí me gusta hablar a los míos. Les cuento leyendas que hablan de las lunas de Azrael y lo hago acariciando suavemente mi testa, olvidando su mapa y la maldición que entraño. Leo en sus tonsuras los trozos de palabras que ellos ni siquiera conocen y compongo narraciones que algún día, tal vez, coincidan con la verdad de los cielos que nunca, ninguno contemplaremos en su inmensa plenitud, allá arriba, levantando la mirada hacia las cuatro lunas de Azrael, tan amadas, tan misteriosas.





## CATEGORÍA JUVENIL

*Primer Premio: Blanca Mejía Jara*

*Finalista: Marta Trigo Murillo*

*Finalista: Paula Buedo Torrejón*

\*\*\*\*\*



**CATEGORÍA JUVENIL**

**–PRIMER PREMIO–**

**–MIRANDO AL CIELO–**

***Autora: Blanca Mejía Jara***

***Pseudónimo: Sally Rider***





## MIRANDO AL CIELO



Mientras caminaba de vuelta a casa alcé la cabeza hacia arriba.

Infinitas filas de coches perfectamente alineados iban de un lado a otro por el cielo, todos de colores chillones y con sus grandes piezas de metal brillando en mis ojos. Su sintonía casi me hipnotizaba y no era capaz de apartar la mirada de ellos.

Pensé, divertida, cómo años antes los coches irían por el suelo. ¿Cómo podría la gente caminar tranquilamente?

Conseguí girar los ojos a los edificios de mi preciosa ciudad. Sabía que había sido famosa antes por sus altos rascacielos, pero estaba segura que no tendrían ni punto de comparación con los que observaba ahora. Eran infinitas torres de metal con pequeñas ventanas brillando, cada una de un color diferente, y ascensores de cristal en cada esquina de la edificación, propulsando a la gente a una velocidad de vértigo.

Absorta en todo esto, me encontré de repente tumbada en el frío suelo. Me había tropezado con algo, para no variar, y tenía un viejo periódico pegado en la cara.

Me lo aparté enseguida, con cierta repulsión, pero me llamó la atención el artículo de la primera página. Era la noticia que podía haber cambiado el mundo: “La Misión EXTRATERRESTRE, dirigida por el Servicio Aeroespacial Nacional Andrómeda (SANA), consigue con éxito lo que nadie esperaba: traer un extraterrestre del cuerpo G-K17 vivo a la Tierra” Al principio me extrañé pero luego supuse que se trataba de un ejemplar atrasado. Aquello había sucedido el invierno pasado.

La noticia había sido causa de una gran euforia al principio pero pasaron los meses y, al no recibir más noticias del caso, la gente comenzó a olvidarlo, como si no tuviera importancia. Pero mi padre sabía bien lo importante que era y yo, también.

Él trabajaba en el SANA desde hacía años. Yo sospechaba que había algo más detrás de toda la historia del visitante pero mi padre no hablaba demasiado al respecto y no podía sacar más conclusiones. Pero aquella inesperada casualidad había abierto mi curiosidad y apresuré el paso hacia casa.

Cuando por fin llegué frente al impresionante rascacielos, tragué saliva antes de adentrarme en el ascensor que me aguardaba. Nunca me habían gustados esos chismes pero respiré hondo y entré en aquel fatídico tubo de cristal.

Nada más plantar mis pies en el suelo del ascensor, la plataforma me disparó hacia arriba a tal velocidad que las vistas de la ciudad se convirtieron en una mancha borrosa. Cuando por fin paró, me temblaban las piernas y tenía las uñas clavadas en el estropeado periódico pero corrí por el pasillo, totalmente blanco, y me detuve en la puerta del fondo que, a diferencia de las demás, era de madera y no de metal.

Llamé con los nudillos y enseguida me encontré frente a un hombre de aspecto descuidado con unas enormes gafas que le tapaban casi toda la cara.

–¡Anda Liv!, no sabía que llegarías tan pronto hoy.

–Si...es que... te quería comentar una cosa y...

–Bueno, pasa y ahora lo hablamos.

Entré con un elocuente suspiro. Nuestra casa era un pequeño estudio abarrotado de instrumentos y bártulos extraños. Había una gran ventana en la pared del fondo y un enorme escritorio. Una improvisada cocina en una

esquina y un sofá cama con una mesita baja en la otra, completaba la escena.

En un rincón se escondía una diminuta puerta tras la cual estaba mi habitación. Me acomodé en el sofá cama y aguardé a que mi padre terminara lo que fuera que estaba haciendo. Cuando acabó, carraspeé y él giró la cabeza con ojos sorprendidos. Después se acercó y se sentó a mi lado. Me sonrió y dijo:

–¡Es verdad!, perdona, se me ha ido el tiempo... ¿De qué querías que habláramos, hija?

–¡Pues, verás! –respiré hondo– me he encontrado esto en la calle, de camino a casa, y querría preguntarte al respecto. Le entregué el periódico con un movimiento brusco. Cogió el arrugado ejemplar, extrañado, y de pronto sus ojos tomaron un cariz de cansancio que no estaba allí antes.

–Liv, ya sabes lo que pienso de esto, no...

–¡Pero papá! ¿Por qué nunca me cuentas nada? ¿No confías en mí?

–¡Cómo puedes pensar eso, hija! Yo sólo quiero protegerte, yo...

Sus labios se cerraron bruscamente y, rendida, abandoné el sofá y me dirigí a la diminuta puerta. No tenía hambre, tampoco me apetecía hacer nada, así que me tumbé en la cama y me dormí.

El sonido de mis tripas quejándose me despertó. Miré el reloj colgado de la pared. Todavía era de madrugada y me dispuse a volver a dormirme pero unos ruidos llamaron mi atención. Mi padre debía estar haciendo algo pero no tenía fuerzas de levantarme para mirar que pasaba y cerré los ojos otra vez.

La luz de la mañana entró a raudales por las finas cortinas y me desperté bruscamente. Aquella no era una buena forma de empezar el día pero fui valiente, me asomé por la diminuta puerta, preparada para enfrentarme a mi padre. Pero, para mi sorpresa, él no estaba en casa.

Con el ceño fruncido caminé en dirección a la cocina para abrir los cajones de la parte superior del destartado mueble esperando poder improvisar un desayuno. También su interior estaba vacío y, de repente, una nota cayó del borde de la superficie. Me agaché para recogerla con algo de curiosidad. Alguien había escrito apresuradamente. “Liv, he tenido que irme pero no te preocupes, volveré enseguida. Papá”

Después de leerla no pude evitar inquietarme porque siempre que mi padre decía “no te preocupes” ocultaba algo. Pero no pensé más en ello y decidí esperarle en casa porque supuse que le gustaría encontrarme cuando llegara.

Pasé todo el día encerrada y seguramente en ese momento sería la persona más aburrida de la Tierra así que decidí encender la radio. Mi padre siempre decía que allí sólo decían tonterías pero estaba segura de que no aguantaría mucho más sin alguna clase de contacto humano. Nada más comenzar la emisión, los informadores fueron interrumpidos. Un hombre había entrado en el estudio y había tomado el mando. Casi salté de la impresión al escuchar la voz de mi padre. Justo en ese momento, la señal comenzó a fallar. Golpeé el aparato con furia pero sólo fui capaz de escuchar palabras entrecortadas que resultaron aun así muy claras.

–Represento a SANA... código rojo... evacuar la ciudad... Invasión... la Tierra está en peligro... extraterrestres... por favor... que no cunda el pánico...

En ese momento, la emisión se cortó. Durante unos instantes me quedé paralizada. Finalmente fui, cautelosa, hacia la venta del fondo y, agazapada como podía,

observé el lugar por donde tan sólo un día antes había caminado con total tranquilidad.

Todo se encontraba desierto y terriblemente silencioso, con una tensión invisible recorriendo las calles de la ciudad. No podía aguantar más aquella visión y me aparté de la ventana. Todos esos meses, casi intuitivamente, había sospechado que algo así podría llegar a ocurrir. Desde el mismo momento en que había leído la noticia del viajero un cosquilleo me removió por todo el cuerpo y la primera vez que hablé de ello con mi padre su reacción esquiva sólo había conseguido confirmar mis sospechas.

Pero ahora que todo lo que sospechaba había ocurrido, un deseo irracional de que nada hubiera sucedido me atenazaba.

Inexplicablemente, en las calles comenzó a surgir otra vez la actividad. Me asomé de nuevo a la ventana con curiosidad. Un murmullo de voces comentaba una y otra vez la broma de la invasión que se había escuchado en la radio. Unos más molestos, otros más divertidos, compartían el mismo mensaje; no se habían creído ni una palabra de lo que habían oído y tras un momento de incertidumbre, habían llegado a la conclusión de que todo había sido una mentira, sin más.

Por un instante, sopesé la posibilidad de que efectivamente todo hubiera sido una broma, un chiste pero no podía ser. Mi padre casi nunca bromeaba y menos sobre las cosas que de verdad le importaban.

Pero, en ese caso, alguien debía alertar a la ciudad y estaba claro que yo era la única que podía hacerlo.

Cuando llegué al ascensor me temblaban tanto las piernas que podría haberme dejado caer y olvidarme de todo pero recordé que era la única persona que podía salvar al mundo y puse, decidida, un pie en el ascensor. Lancé un grito de puro terror cuando caí precipitadamente hacia el vacío pero enseguida me encontré en medio de la calle.

Caminé a trompicones hasta la acera más cercana, confundida y sin saber qué hacer. Una marea de gente caminaba en todas direcciones, siempre con prisas, y yo sentía como me empujaban de un lado a otro, como un obstáculo que les estorbara.

Aturdida miré al cielo. Los coches circulaban por un fondo gris, de un lado a otro, como siempre lo habían hecho pero ya no me resultaban tan magníficos.



La visión parecía no terminar jamás y aparté la vista asustada. Intenté decir algo pero mi garganta debía de haberse cerrado ahogando mis palabras.

De repente perdí el equilibrio y choqué con alguien. Un hombre trajeado y con un maletín de metal me miró con furia.

–¿Es que no puedes mirar por dónde vas? ¿Por qué no te apartas y dejas de estorbar? –rugió.

–Pe...pe...perdone, yo...

Pero no pude continuar porque un brutal estallido lo inundó todo. Sentí como si una bomba hubiera explotado en mis oídos, que no dejaban de pitar, resentidos.

En un instante los coches comenzaron a caer del cielo, como una lluvia de colores, y una extraña fuerza me oprimió el pecho y me obligó a agacharme. Una confusa masa de gritos y polvo era lo único que podía apreciar y entonces los vi.

Eran hermosas, parecían naves, pero desde luego no podía compararlas con ninguna otra cosa que hubiera conocido en la Tierra. Brillaban con colores que jamás había visto y todos sus mecanismos se movían lentamente...como si estuvieran vivas.

Se desplazaban a una velocidad que mis ojos no era capaces de percibir. Desaparecían un segundo y volvían a aparecer en otro sitio distinto. Pero, para mi sorpresa, no parecían querer atacar a la gente, estaban.... ¡buscando algo!

De repente la realidad se mostró clara ante mis ojos. ¡Claro que estaban buscando algo!, estaban buscando a alguien y mi padre lo había sabido desde el mismo día que habían traído a aquel extraterrestre a la Tierra.

Él temía que esto sucediera, que los demás extraterrestres no tolerarían el secuestro de uno de los suyos, que finalmente regresarían a por él y había tenido razón.

En ese momento sentí ira, una furia incontrolable por la ignorancia de los de mi propia especie y después un terrible cansancio.

Una lágrima brotó de mis ojos al comprender el sufrimiento que había sentido mi padre todos esos meses, sin ni siquiera la oportunidad de poder haber sido escuchado y me rendí. Ahora que ya sabía toda la verdad, nada me importaba.

La culpa de que todo hubiera sucedido de ese modo era de los mismos humanos y ya no sentía la necesidad de

hacer nada más. Tumbada en el suelo creí ver la figura ligeramente encorvada de mi padre que corría hacia el centro de la avenida con un bulto entre sus brazos, protegido por mantas. Alzó al frágil cuerpo hacia el cielo y en ese instante todas las naves se detuvieron. Se levantó un viento huracanado y tuve que aferrarme a las baldosas de la acera por miedo a salir volando.

Una nave se abrió paso entre los escombros y de repente sus puertas comenzaron a abrirse lentamente, como los pétalos de una extraña flor y tuve que cerrar los ojos al contemplar su interior, que brillaba con la intensidad de un pequeño Sol.

También pude percibir una pequeña figura que descendía por uno de los pétalos. Era obvio que su contorno era humanoide pero parecía tan diferente a cualquier cosa que hubiese visto antes...

Su piel tenía un tono verdoso pero también poseía una abundante mata de pelo de un color naranja brillante y sus rasgos eran finos y un tanto afeminados. Desde la distancia no estaba muy claro pero creí ver extraños símbolos impresos en sus brazos y sus piernas, que lucía desnudos. Mi padre desenvolvió cuidadosamente aquel extraño bulto. Era más pequeño que el otro y me conmovió pensar que podía tratarse de un niño pero mi sonrisa se

esfumó al verle. Su piel era ahora grisácea y tenía un aspecto enfermizo.

Giré la vista hacia el otro extraterrestre temiendo que se hubiera enfurecido pero no lo parecía. Mi padre acercó lentamente al pequeño al otro ser, que aguardaba con paciencia con los brazos extendidos. Por fin se unieron. El visitante abrió mucho los ojos y entonces un estallido idéntico al que se había producido cuando las naves llegaron, me obligó a taparme los oídos con violencia temiendo que también pudieran estallar.

Cuando me atreví a abrir los ojos pude ver pequeñas flores de polvo que flotaban en el aire y más allá la figura de un hombre que yacía en el suelo. Mi corazón se paró un instante al reconocer el rostro de mi padre y corrí hacia él sin importarme nada más.

—¡Papá, papá!

Cuando llegué junto a él había comenzado a toser fatigosamente y no pude reprimir las lágrimas. Cuando sus ojos me enfocaron, dijo con voz ronca:

—Liv... ¡Liv! ¿Estás bien? Siento mucho...

—Sí papá, estoy bien- susurré.

Vi cómo la gente comenzaba a levantarse aún aturdida. Me temblaban las manos y se me ocurrió mirar al cielo. Ahora que no había coches circulando por él podía ver su verdadero aspecto y me encontré con un espacio inmenso y sorprendentemente azulado sin ningún recuerdo de humo cubriéndolo. Los reflejos traslúcidos de las primeras estrellas comenzaban a aparecer y su intenso color inundó mis ojos. Era una sensación tan agradable y pura que hubiera permanecido así para siempre.

Aquella fue la primera vez que lo vi en realidad.



**CATEGORÍA JUVENIL**

**–FINALISTA–**

**–BELLUM–**

***Autora: Marta Trigo Murillo***

***Pseudónimo: Emily Wheat***





## BELLUM

–“Veinte de febrero de dos mil sesenta y ocho. Hoy hace frío, pero parece un buen día para ponerse en marcha. No van a pararnos”.

–“Veinticinco de febrero de dos mil sesenta y ocho. Es triste que no se den cuenta de que nos están destrozando. Deberíamos ser una sociedad avanzada, inteligente, consciente, pero, aunque pasen los años, ellos no cambian. No gobiernan por el pueblo ni por sus necesidades, ni si quiera por las suyas propias. Usan el poder para sentirse superiores, para esclavizarnos. ¿Y nadie piensa hacer nada? Bueno, yo sí. Y haré todo lo que sea preciso y posible para acabar con ellos”.

–“Tres de marzo de dos mil sesenta y ocho. Ya está hecho. Hoy he sido cómplice de la muerte. Pero es una sensación demasiado gratificante como para dejarme llevar por remordimientos. Sí, les he quitado algo preciado, igual que ellos nos lo quitan todo. Y lo mejor de todo es que no me arrepiento”. –leyó en voz alta el jefe de los agentes Lafaard, paseándose de un lado a otro de la habitación–

“Firmado: Held Bessparen”. ¿No te parece que todo esto es suficiente para demostrar tu culpabilidad?

Desde la calle se oían gritos de protesta, silbatos, y, en general, un gran alboroto. Hubo un ruido sordo, un par de disparos, y más gritos. Ella se removió inquieta en la silla. Un escalofrío recorrió su cuerpo y erizó el vello de su piel tras oír los disparos, y su mirada permanecía fría, distante, ausente, y, sobre todo, perdida. Sin embargo, su rostro reflejaba una gran tranquilidad, aunque, sus ojos, abiertos como platos, aportaban algo de locura a su expresión. Bajó la cabeza, intentando no cruzar la mirada con ninguno de los agentes Lafaard allí presentes. Sostenían en sus manos grandes armas, algo más grandes que simples metralletas, con incontables botones y luces que parpadeaban, y pantallas con pequeños mapas interactivos tras la culata. Se podría decir que parecían de juguete de no ser porque estaban fabricadas de un material similar al cristal, lo que les daba un aspecto sofisticado y frío. La sala tenía un aspecto sombrío y casi siniestro, y el gran ventanal situado a la izquierda de la joven no ayudaba, pues el día era gris.

—Held?-dijo el agente Lafaard, tratando de llamar su atención.

—¿Qué? —preguntó ella, despistada, y sin interés.

–¿Has escuchado lo que acabo de leer? ¿Sabes lo que es?

–No –contestó, cortante, observándolo con curiosidad.

Todos los agentes Lafaard presentes en la habitación permanecían alerta, pero él parecía tranquilo. Vestían uniformes de color negro y azul, y alrededor de sus cinturas colgaba un cinturón ancho donde guardaban armas más pequeñas, dispositivos de comunicación con más luces intermitentes y utensilios de una tecnología avanzada que ella jamás había visto. Todos ellos llevaban un casco que les cubría la cara por completo, salvo la zona de los ojos, que estaba cubierta con un cristal opaco y resistente. Todos, menos él, que, de hecho, no se veía cómodo con su uniforme, lo que daba la seguridad de que estaba frente a hombres y no robots preparados para matar. Él suspiró.

–Es tu diario, Held, y todo lo escrito en él indica que eres culpable.

–¿Culpable?-de repente pareció sorprendida –¿De qué?

–¿No sabes por qué estás aquí?

–Nunca sé nada. –se mecía hacia delante y hacia atrás en la silla–.Nunca sabré algo, en realidad. ¿Tú crees que sabes cosas? Claro que sí, como todos. Pero, ¿cómo sabes que todo lo que sabes es cierto? –dijo, con un hilo de voz, casi en un susurro, mirando al suelo.

–Held, mírame –ordenó el oficial, posando las manos sobre sus hombros con suavidad–.Te han acusado de secuestro y posible asesinato. –hizo una breve pausa, se volvió y tecleó algo en una gran pantalla táctil incrustada en su escritorio para luego mirarla de nuevo– ¿Cuántos años tienes?

–Catorce-musitó.

–Muy bien, Held, supongo que después de todo lo que ha pasado debes estar conmocionada. Tú solo dime todo lo que pasó y te sentirás mejor, ¿quieres? –dijo, mirándola con compasión.

–El tiempo... El tiempo. No sé cómo te llamas tú, ¿puedo llamarte Alexander? ¡Oh, el tiempo, Alexander! –repetía mientras agitaba los brazos en el aire–. Supuestamente lo arregla todo, ¿no? Eso dicen siempre. Y, sin embargo, aquí estamos. Confusos, sin conocimiento. ¿Crees que también nos quitarán la habilidad de pensar?

¡Oh, dios mío! Si supieran cómo hacerlo... ¡lo harían, Alexander!

–Held, no sé de qué estás hablando-dijo, desconcertado-.Me llamo Stille.

–Stille –repitió Held en voz baja– ¿Quién ha muerto, Stille?

–El hijo de Slak Manson, el presidente de Wanhoop, Held. Nuestro presidente.-murmuró Stille, con cierto énfasis en la palabra nuestro, frunciendo el ceño.

–¡Wanhoop! ¡Veinte años de miedo y sufrimiento! Eso es Wanhoop, ¿no? ¿¡NO!?! –exclamó Held, poniéndose en pie. Apretó los puños con rabia mientras se acercaba a Stille sin controlar su furia, y los Laafard la apuntaron con sus armas. Stille alzó un brazo en el aire para indicarles que bajasen sus pistolas, y permaneció impasible junto al escritorio. Held lo miró de arriba a abajo una vez más. Era alto y delgado, y se apoyaba sobre el escritorio cruzado de brazos, con una expresión aburrida e indiferente. Era uno de los líderes Lafaard, lo que le llamó la atención, pues apenas tenía treinta años. Un par de agentes la sujetaron por los brazos, obligándola a sentarse de nuevo, no sin antes escupir sobre el traje de Stille, como símbolo de desprecio.

Wanhoop era, en efecto, el país del sufrimiento, de la agonía y del terror, donde residían los supervivientes de la guerra del año dos mil cuarenta y ocho, La Guerra de los Dapper, donde la mayor parte del mundo quedó reducida a cenizas tras una gran explosión nuclear de una central secreta bajo una conspiración del gobierno de varios países de diversos continentes. Wanhoop abarcaba tan solo una muy pequeña parte del norte de los antiguos Estados Unidos, y contaba con tan solo cuatro escasos millones de habitantes.

Su presidente, Slak Manson, era temido en todo Wanhoop, y se había propuesto acabar con cada una de las esperanzas de los ciudadanos del país. No les quedaba nada: les habían quitado sus derechos, su libertad, su ilusión, incluso su creatividad. No sería exagerar si se dice que todo estaba prohibido. Todo lo que implicase cierta diversión o forma de expresar sentimientos no estaba permitido. Era un país increíblemente paupérrimo, donde mucha gente se dejaba la piel para conseguir un simple trozo de pan. Y, si intentaban protestar, o rebelarse, Manson echaba mano de su poder militar, que no era especialmente débil.

En definitiva, Wanhoop era el país de la desesperación.

–¿Dónde está el hijo de Slak Manson, Held? ¿Lo mataste? –preguntó Stille, clavando su mirada en la joven, que había comenzado a temblar.

–Echo de menos el sonido de la guitarra. No, no, no. Echo de menos el sonido de su guitarra. Era especial, ¿sabes? Por lo menos para mí-se acurrucó en la silla, dándose golpecitos en las rodillas con sus finos dedos-. Tocaba siempre que podía, me hacía muy feliz, y ayudaba a que mi madre dejase de llorar y olvidase que papá había muerto. Murió en La Guerra de los Dapper, no lo conocí. Pero seguro que fue muy valiente. Y por eso mi hermano tocaba la guitarra. Para olvidar. A mí me hacía muy feliz, ¿te lo he dicho ya? Claro que yo no sabía lo que pasaba. Tenía solo cuatro años, Stille. Yo me sentaba en el suelo, y simplemente lo escuchaba tocar. Observaba sus dedos acariciando las cuerdas, posándose sobre cada traste. Su sonido, dulce, hipnótico y tranquilo me embaucaba y me transportaba a mundos imaginarios, esa clase de mundos que solo los niños pueden permitirse soñar.

Lo observaba con cautela, y en mí solo cabía la admiración, la fascinación, mientras que en la calle morían de hambre niños incluso más pequeños que yo –su voz se quebró y tragó saliva varias veces antes de continuar, y seguía moviendo sus dedos sobre sus rodillas, cada vez

más nerviosa—.Pero, entonces, ellos llegaron. Ni si quiera sé cómo lo escucharon, si incluso a nosotros mismos nos costaba oírle.

Sin embargo, ellos entraron, con sus grandes armas y sus trajes a prueba de todo tipo de “ataques” –rio y añadió con sarcasmo– como si nosotros pudiésemos atacarles.

Todo pasó muy rápido: le quitaron la guitarra, que ya de por sí estaba hecha una pena, y la rompieron en mil pedazos en un segundo. A él lo cogieron y lo llevaron a rastras hacia fuera, a la calle. Para matarlo en público, tal vez. Mi madre trató de impedirlo, ¿sabes? Intentó ir a por él, pero se la quitaron de en medio con un solo disparo. Como si fuese un juguete, como si no valiese nada. Como basura, escoria. No fui capaz de entender qué ocurría, pero asumí, por puro instinto de una niña de cuatro años, que debía salir de allí, así que me escondí tras el viejo sofá del pequeño salón, donde pude observar con bastante claridad, más de la que habría deseado, cómo estrangulaban a mi hermano, y cómo quedaba inmóvil rodeado de sangre en el suelo.

No recuerdo muy bien qué hice entonces, pues no podía creer lo que estaba sucediendo, y mucho menos entenderlo. Me aferré a la idea de que nada era real. Hui. He estado vagando por las calles todo este tiempo,



viviendo temporalmente en refugios donde nos alimentábamos con dos cucharadas de sopa por la mañana y por la tarde. Ni si quiera sé cómo aún sigo viva- se restregó los ojos, dejando ver sus brazos desnutridos y pálidos-.Pero tan solo tenía cuatro años...Los mataron. A todos. Sí, echo de menos el sonido de la guitarra. De su guitarra.

Hubo un silencio incómodo que invadió toda la estancia, hasta que de nuevo se oyeron gritos y barullo a través de la ventana.

–Vale, Held... Entiendo que lo has pasado muy mal, pero... ¿Vas a contestar bien a alguna de mis preguntas? –preguntó Stille, no habiendo prestado ni la más mínima atención a su historia.

–¿Y tú? ¿Vas a devolverme a mi familia? –dijo ella, adoptando un tono de voz más profundo, más cortante, desagradable e incluso más real.

El joven Lafaard enmudeció, asombrado por su cambio de actitud y sin una respuesta que poder darle. Held se levantó por segunda vez de la silla y notó cómo los agentes preparaban sus armas de nuevo, pero esta se acercó a la ventana y ni se inmutó. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero consiguió dibujar una sonrisa en su cara.

Oyó más gritos de protesta de los rebeldes, que probablemente la estaban defendiendo. Supo que los matarían si seguían protestando, y así fue: agentes Lafaard ocuparon las calles de la gran plaza y tomaron sus armas.

Pero, por primera vez, los rebeldes los superaban en número, y, sobre todo, en esperanza. La esperanza que Held les había dado. Los Lafaard lanzaban gases y sustancias explosivas contra los rebeldes, que no paraban de gritar, y que, inexplicablemente, habían conseguido armas que disparaban contra los agentes. Stille cogió uno de los dispositivos de su cinturón y tras comprobar algo, hizo una seña a los agentes Laafard que ocupaban la habitación, y estos salieron corriendo con sus armas cargadas, en dirección a la plaza. En la sala solo quedaban Stille y ella, que seguía mirando por la ventana.

–¿Nunca te has preguntado por qué los días en Wanhoop son tan tristes? –parecía que hablaba para sí, soltando cada palabra sin ganas.

–Si crees que intentando parecer desorientada o demente vas a engañarme, no te esfuerces más. –dijo Stille, apuntándola con su arma de cristal, con la voz ronca e intentando intimidar.

–¿A qué estás jugando, Held? ¿Dónde está el hijo del presidente?

De nuevo su conversación se vio interrumpida por las bombas que lanzaban los agentes del presidente. Las miradas del jefe Lafaard y la joven se cruzaron por un instante, y él quedó confundido cuando creyó distinguir un brillo de emoción en los ojos de Held, y una sonrisa dibujada en su rostro.

–Podría decir que está muerto –otra vez su voz sonó más profunda y real. La expresión de su semblante cambió por completo, mostrando a una chica diferente a la que Stille había conocido–. Pero no quiero mentir. –añadió. Sus ojos brillaban de la emoción.

–Lo único que está muerto aquí –prosiguió–, son nuestras ilusiones, nuestras esperanzas y nuestros sueños. Todo eso que se llevaron. Toda la fe que pude llegar a tener algún día. Porque nos usan, nos exprimen, sacan lo peor de nosotros, nos hacen ser una oveja más de su rebaño, una pieza más de sus juegos, donde las reglas cambian constantemente. ¿No lo ves? Solo juegan con nosotros, porque eso somos para ellos: juguetes. –fue elevando el tono de voz cada vez más, y dio una patada violentamente a la silla.

Stille observaba todos sus movimientos y escuchaba sus palabras conteniéndose. Su turbación era tal que apenas podía articular alguna palabra. Ante la situación, Held siguió hablando:

–Ellos. Los que tienen tanto poder... Acaban sumidos en la codicia, en la corrupción, en la mentira. ¡Nos lo quitan todo! ¡Hasta la creatividad! ¿Es que acaso tocar la guitarra hace daño a alguien? ¿Eh? ¿Es eso humano? ¿Lo es? –dio un puñetazo sobre el escritorio de Stille, con fuerza.

–Nos dan motivos falsos para creer, más mentiras en televisión y en los periódicos. Nos manipulan, como a unas indefensas marionetas. Pero basta con mirar por la ventana. Se respira miedo. –Se acercó al ventanal por segunda vez–. Intentan hacernos ignorantes, cuando ellos son los primeros que no se dan cuenta de lo que hacen. ¿De verdad esperabas que yo hubiese matado a alguien? Es más, ¿cómo dais por supuesto que está muerto? Nadie ha visto el cadáver.

–¿Por qué iba a tener que creerte?

–Tú mismo. –se dejó caer en la silla, suspirando–. Pero sé que eres inteligente, y sabes que no ganaría nada metiéndome en todo este jaleo.

–Solo dime si sabes dónde está, por favor, Held.

Ella agachó la cabeza.

–Held, escúchame. ¿Crees que me gusta todo esto? Si no consigo una respuesta, una solución, Slak mandará mi ejecución. No quiero hacer esto, no quiero estar aquí, pero nunca tuve otra opción. Si no puedes con el enemigo, únete a él. Eso dicen, ¿no?

–Eres un cobarde. –espetó.

–Oye, mira, confío en ti, ¿vale? Te he observado, sé que no estás mintiendo, que no has matado a nadie. Tus palabras, tus gestos, son muy sinceros. Y espero no equivocarme contigo.

Ella lo miró un instante.

–Quizás... puedas ayudarnos.

–¿A quiénes? ¿A qué?

–A los rebeldes, ya sabes, ayudarnos con todo esto.  
–contestó, señalando la ventana.

–¿Es esto... una revolución? –preguntó finalmente.

Ella esbozó una sonrisa cansada. Miró por la ventana y le hizo una señal a Stille para que se acercase.

–¿Ves a toda esa multitud? Están luchando, porque por primera vez tienen esperanza. Entiendo que tienes

órdenes de aniquilarlos a todos como ratas, pero, piénsalo: ¿por qué? ¿Por perderlo todo? ¿Por tratar de defenderse?

–No son mis decisiones, Held. El presidente...

–¡El presidente, el presidente! ¡Al infierno con el presidente! –interrumpió–. El presidente es un hombre como otro cualquiera, no es invencible, Stille, no puede luchar él solo. Necesita su ejército... ¿y si su ejército le fallase, Stille?

Él quedó pensativo. Supo entonces que todo lo que habían hecho estaba mal, que podían revelarse contra el gobierno, que en su mano estaba la oportunidad. No le costó entender lo que Held le pedía: él era el líder Lafaar, y de él dependía que el ejército funcionase correctamente.

–Escúchame, Stille... Necesitamos tu ayuda, por favor. –suplicó, sin apartar los ojos de la multitud de rebeldes que combatía a muerte en la plaza–. Ellos luchan porque quieren más de lo que tienen y necesitan, mientras que nosotros solo luchamos por tener algo.

Entonces fue como si algo hiciese ‘click’ en el cerebro de Stille, y asintió, con la mirada perdida. Pero, justo en ese instante, dos agentes irrumpieron en la habitación, agarrando a un chico algo más joven que Stille por los brazos.

–Señor, dice ser el hermano de la chica. –dijeron.

–¿Qué? –exclamó Stille, y miró a Held, con el rostro contraído– ¿Es eso cierto, Held?

Ella no supo cómo reaccionar. En ese momento, estaba tan confusa como Stille, o más aún, pues vestía un uniforme Laafard. Sí que reconoció a su hermano, a pesar de que habían pasado diez años. Pero él había muerto. Ella misma vio cómo lo estrangulaban y cómo quedaba inerte en el suelo, cubierto de sangre... Parpadeó, incrédula. Eso no significaba que lo hubiesen matado. ¿Había estado infiltrado todo ese tiempo?

Stille clavó una aguja en el brazo del chico y extrajo un líquido viscoso que introdujo en otro de los dispositivos de su cinturón. Al momento, la pantalla se iluminó. Era un identificador. En la pantalla aparecía una foto, y al lado un nombre: Kever Beparen. Su hermano.

–¡Me mentiste, Held! ¿No echabas de menos el sonido de su guitarra? –gritó rabioso–. ¿Ahora esperas que me crea todo lo demás?

–Kever... –musitó Held, mirando a su hermano, que intentaba murmurar algo. Los Laafar debían de haberle inyectado algo para que no pudiese despegar los labios–. Stille, de verdad que yo no entiendo...

–¡Basta! Held, por última vez, ¿mataste al hijo de Slak Manson? –apuntaba a Kever con su arma. Estaba tan histérico que daba miedo.

–No, Stille, yo...

Él disparó directo a la cabeza del chico, que cayó con fuerza al suelo, formando un charco de sangre a su alrededor.

–¡Kever! –exclamó Held, abalanzándose sobre el cuerpo de su hermano, con los ojos llenos de lágrimas, y se apoyó sobre su pecho. Los dos Laafar desaparecieron por el pasillo.

–¡Cobardes, todos! –gritó, y su voz sonó temible. Sostuvo su cabeza y sus manos se mancharon con su sangre. –Kever, Kever, por favor...

Sintió que ya daba igual si murió o no diez años atrás, ahora lo había perdido de verdad. Y la sed de venganza ardió en su interior, como un fuego incapaz de apagarse ni con todos los litros de agua del planeta. Y se dio cuenta de que todo el plan acababa de irse a la mierda: sin la ayuda de Stille, estaban acabados.

–Bueno, Held, ¿vas a decirme ahora dónde está el hijo de Manson?



Oyó la voz de Stille a su espalda, tan tranquila e indiferente, como si lo que acababa de hacer no hubiese significado nada, y apretó los dientes, furiosa. De repente, se levantó y embistió contra él, agarrándole con violencia de la chaqueta del uniforme. Era bastante más alto que ella y no alcanzaba a agarrarle por el cuello, pero aprovechó su desventaja para darle un puñetazo en el estómago. Puede que no le doliera mucho, pero ella consiguió liberar su rabia. Luego lo arrastró con furia hacia el ventanal y lo empujó contra el cristal, con algo menos de fuerza.

–¡Ahí! ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Ahí lo tienes, al hijo de tu querido presidente! –sollozó, clavándole las uñas en el brazo.

Stille observó a toda la multitud. En efecto, ahí estaba el hijo de Slak Manson. Un niño pequeño, de apenas diez años, que un rebelde acaba de subir a sus hombros.

–¡Yo solo era la distracción, Stille, igual que el diario!  
¡El niño siempre ha estado ahí abajo!

Y en ese instante, los agentes que trataban de acabar con el gran número de protestantes dispararon y lanzaron algo parecido a granadas hacia ellos. Y no fueron ni una, ni dos, sino las bastantes como para destruir un pueblo entero. Asomado al gran balcón de la plaza se hallaba el

presidente, observando la masacre con la misma sorpresa que Stille. Por fin había entendido el plan de Held, y no pudo dominar su ira cuando vio cómo las bombas explotaban sobre la muchedumbre, matando a un número muy elevado de manifestantes, y así, a su propio hijo.

Un sonido intermitente y molesto inundó la habitación, como una bomba. Procedía del traje de Stille. Él se retorció, ansioso, y empujó a Held lejos de él. Entonces, el traje explotó, y Held retrocedió, mientras el cuerpo de Stille se precipitaba hacia el suelo a través de la ventana, que había estallado debido a la explosión. Supo que Stille no había cumplido su misión, y que así se lo hacía pagar el presidente.

Sin pensárselo dos veces, cogió el arma de cristal de Stille que había caído al suelo. Pesaba bastante más de lo que parecía, y no entendía muy bien su funcionamiento, pero se dejó llevar por la adrenalina y la presión del momento. Se apoyó sobre la pared junto al ventanal, con la culata del arma rompió lo que quedaba de cristal, y pequeños trozos se clavaron en sus hombros. Pero no le importó.

Sostuvo el arma con seguridad y apuntó hacia el balcón del edificio principal que se erguía en el centro de la plaza, donde Slak Manson discutía con dos de sus

oficiales, iracundo. No dejó que le temblaran las manos. Pensó en su madre, en su padre, en su hermano. Pensó en toda la gente que murió en La Guerra de los Dapper, y en toda la que estaba muriendo en ese momento por su culpa. Pensó en Stille, que en el fondo solo tenía miedo de Slak, que lo había hecho volar por los aires, con algún mecanismo-bomba especial conectado a su uniforme. Después decidió no pensar en nada. Y apretó el gatillo.

Un intenso silencio recorrió todos los rincones de la gran plaza de Wanhoop. Y todos observaron cómo el presidente se tambaleó de un lado a otro en el balcón, y cómo tropezó y cayó hacia delante, precipitándose al suelo de la plaza, a una altura realmente considerable, Pero no todos vieron cómo antes de caer pulsó el botón de un pequeño mando que tenía en el bolsillo. Y antes de que les diese tiempo a gritar, antes de que pudiesen decidir que la guerra estaba ganada, antes de que Held pudiese reaccionar, la plaza voló por los aires. Los edificios estallaron y las llamas arrasaron con todo a su paso. Y poco a poco, todo Wanhoop se fue destruyendo. Lo poco que quedaba de mundo, las pocas personas que aguantaron, todo, desapareció.

Y el mundo quedó vacío, como en un principio lo estuvo. Y como, para muchos, siempre parecía haberlo

estado. ¿Quién ganó la guerra, entonces? Podría contestar la pregunta, pero, ¿es acaso necesario? No ganó nadie, porque no debió haber guerra. Ni en el año dos mil sesenta y ocho, ni nunca.

Diecinueve de abril de dos mil catorce. Esta es solo una de las muchas historias que luchan en mi cabeza de madrugada. Este es solo uno de los futuros imaginarios que algún día no tan lejano podrían dejar de ser ficticios. Pero sólo es una historia... ¿no?

**CATEGORÍA JUVENIL**

**–FINALISTA–**

**–SANGRE METÁLICA–**

***Autora: Paula Buedo Torrejón***

***Pseudónimo: Fotógrafa de Palabras***



## SANGRE METÁLICA

Mi pie golpea rítmicamente el suelo mientras releo por enésima vez el trabajo que hoy debemos presentar para terminar la formación y ponernos a trabajar. De nuevo, no encuentro ningún fallo. Mis compañeros, en cambio, están repartidos por toda la clase charlando animadamente, sin preocuparse, a diferencia de mí. Claro que ellos no han visto lo que yo. Las conversaciones se han convertido en gritos atronadores y risas. Pasados unos diez minutos, se van silenciando y los gritos son sustituidos por el arrastrar de sillas. Una figura aparece en el umbral de la puerta.

Con paso firme, la figura se sitúa en el centro de la clase. A simple vista se puede confundir con una mujer de carne y hueso, y probablemente alguien de principios del siglo XXI no hubiese reparado en la fría y calculadora mirada, en la ausencia de pestaños, en que el pecho no se eleva al respirar... Todo eso nos hace identificar a un androide, algo bastante común en el siglo XXII. Fueron diseñados para librar al ser humano de las tareas más arduas, como la minería; pero poco a poco se han ido

utilizando para otros ámbitos, como la limpieza de las calles o, como el que me está mirando ahora mismo, para la educación.

–A continuación –comienza a hablar con voz metálica–, procederemos a la exposición de sus trabajos. Señor Darkrise, por favor, acuda al frente de la clase y dispóngase a comenzar.

Me levanto y me encamino a la pequeña tarima donde desarrollamos las exposiciones. Proyecto unos hologramas que me ayudarán a comentar mi trabajo, me aclaro la garganta y comienzo a hablar, tratando de sonar firme.

–Bien, he decidido tratar en este trabajo la creación de androides.

Paseo la mirada por mis compañeros y veo que me observan con curiosidad, a la espera de que les cuente algo nuevo sobre este misterioso velo, pues la creación de autómatas humanoides es uno de los secretos mejor guardados del Gobierno. Me seco las manos en el pantalón e intento tranquilizar los nervios que me corroen. Comienzo a pasar hologramas a la vez que cuento lo que todo el mundo sabe: los androides están creados por



grandes científicos para hacer la vida de los humanos mejor.

El Gobierno incluso asegura que se están probando prototipos para que sean capaces de realizar operaciones quirúrgicas con máxima precisión. En resumen, los androides son estructuras metálicas al servicio del hombre. O, si sabemos la verdad, son cadáveres metalizados de aquellos que osan levantar un dedo contra el Gobierno. Por eso, la creación de estas máquinas es tan secreta. Están diseñadas principalmente para espiar. ¿Irónico, no? Aquellos que se rebelan contra el Gobierno acaban sirviéndole y llevándole nuevas víctimas para metalizar.

Poco a poco, al ver que no cuento nada nuevo, mis compañeros dejan de prestarme atención. Si contase la verdad sí que me atenderían, pero claro, si contase la verdad, perdería la vida. Termino de hablar y me vuelvo a mi sitio tras pasar por la mesa de la profesora para recoger mi calificación. Un ocho, bastante buena nota para haber dicho una sarta de mentiras. Mis compañeros de alrededor me felicitan. No atiendo al resto de mis compañeros y me paso la clase perdido en mi mente. Suena el timbre que marca el final del día, recojo y me voy. Por los pasillos oigo a alguien gritar mi nombre. Me giro y veo a Isabelle, una chica guapísima de mi clase. Sería perfecta de no ser

porque tiene un extraño tic en los ojos. Me dice que tiene algunas preguntas sobre mi investigación y qué si pueden quedar luego. Asiento y se aleja.

Después de dejar el ordenador en mi casa y comer algo, me encamino a la casa de Isabelle. La chica baja corriendo y me saluda. Decidimos ir a una cafetería cercana llamada "La estrella" y nos sentamos a hablar.

–Primera pregunta. ¿Es verdad lo que dijiste en clase? Porque no contaste nada nuevo.

–Claro que es verdad. Y es que no hay nada nuevo que contar.

–Ocultas algo. Si no hubiese nada nuevo, no hubieses elegido ese tema. Además, no entraste en detalles.

"Vaya, me ha pillado", pienso. Tras mucha insistencia, decido revelarla lo que realmente descubrí durante mi investigación, no sin hacerla jurar que no se lo dirá a absolutamente nadie.

–Como ya sabrás, el acceso a la información sobre cómo se crean los autómatas es algo muy complicado de obtener. Decidí elegir ese tema porque era un reto, quería descubrir algo que nadie antes hubiese dicho. Ideé una especie de suero que, mezclado con el ADN de una

persona, te permitía adoptar su aspecto y acceder a sus recuerdos y conocimientos. Tengo la suerte de que mi vecino James sea un aprendiz de esos científicos que fabrican los robots y haya estado presente en varias creaciones de robots, así que hice que me invitase a pasar una tarde a su casa con la excusa del trabajo. Por supuesto, no me contó nada de demasiado interés. Pasado un rato, pedí permiso para ir al baño y, una vez allí, busqué un peine y guarde unos cuantos pelos. Volví a bajar y, tras otro largo rato hablando sobre el maravilloso invento que son los andróides y lo fácil que iba a ser la vida de una persona en unos pocos años, me despedí y regresé a mi casa.

Al día siguiente, me puse manos a la obra con mi suero. Llevé a cabo los preparativos, los cuales no diré, pues el suero es mío y no te pienso revelar su funcionamiento, y, pasada una hora más o menos estaba todo listo. Me inyecté el líquido en la vena del brazo y pronto noté un mareo. La habitación daba vueltas a mi alrededor y apenas me mantenía en pie. Me apoyé en la pared y me dejé caer. Recuerdos que no eran míos iban apareciendo en mi mente. El suero funcionaba. Busqué en la memoria de mi vecino hasta dar con lo que me interesaba: los recuerdos de la práctica. Por fin, los

encontré y me sumergí en ellos. Estaba en una gran sala blanca con una camilla en medio.

En uno de los laterales había una mesa enorme llena de extraños instrumentos que no tenía ni la más remota idea de para qué servían. Oí una puerta cerrarse a mi espalda y entraron varios científicos seguidos de unos androides. Cuando llegaron a mi altura me saludaron y empezaron a preparar los instrumentos necesarios para la creación. Los androides colocaron algo que no alcancé a ver sobre la camilla. James se acercó, y por tanto, yo también. Entonces vi lo que habían depositado sobre la camilla. Era una mujer con muestras de haber sido maltratada y torturada. Estaba maniatada y amordazada.

"En primer lugar, James, debes de atar al traidor a la camilla. Así evitarás que se mueva demasiado y te haga cometer fallos", dijo el que parecía el jefe a James a la vez que procedían a encadenar a la mujer. Supe que su nombre era Steve Hoffman gracias a los conocimientos de mi vecino. Estaba desconcertado. ¿Los androides eran cuerpos humanos metalizados? ¿Qué significaba aquello? Quitaron la mordaza a la mujer y esta comenzó a gritar.

"Gritos, algo común en los traidores antes de morir. Puedes aguantarlos si quieres. Yo personalmente prefiero callarlos", siguió explicando Steve a mi vecino. Dicho eso,

cogió de la mesa de herramientas una especie de cuchilla y abrió la garganta a la mujer. Claramente, la mujer dejó de gritar, más que nada porque se estaba muriendo. Después, conectó una especie de tubo a la raja que le había practicado en el cuello. El tubo empezó a succionar la sangre y, cuando terminó de hacerlo, comenzó a segregar un líquido metálico y espeso.

"Esto es algo nuevo. Para dar mayor naturalidad al androide, en lugar de reforzarlo con placas metálicas ahora lo que hacemos es meter este líquido en sus venas en lugar de la sangre. Pasados unos minutos, el líquido se solidificará", prosigue el doctor Hoffman. Empecé a sentir las náuseas, pero tenía que esperar a que se pasara el efecto del suero para salir de allí. Terminaron con el extraño líquido y comenzaron otra fase. El doctor Steve Hoffman continuaba explicando lo que hacían, pero había dejado de prestarle atención. Contemplé como corregían las imperfecciones de la mujer por medio de unos aparatos que, gracias a Dios, no había visto en mi vida.

Después, uno de los ayudantes de Hoffman se acercó con unos extraños objetos esféricos en las manos. Cuando estuvo más cerca, vi que eran ojos artificiales. Ojos perfectamente modelados, completamente iguales a los humanos. Capté algunas palabras de la explicación que

daba el doctor: aparentemente, eran ojos normales, pero tenían un campo de visión mucho mayor y más definido que el ojo humano. Sacaron los ojos de las cuencas y colocaron los nuevos. Tras ello, pasamos a otra sala. Si estuviese en mi cuerpo, ya me habría desmayado, o al menos habría huido. Pero estaba en la mente de mi vecino James que sigue perfectamente sin sorprenderse de nada. La nueva sala era mucho mayor y con muchísima más tecnología.

"Ahora, vamos a modificar sus pensamientos antes de devolverla a la vida. Supongo que esto no lo habías estudiado, ya que es una mejora muy reciente. Ahora intentamos devolver a la vida a los autómatas para que tengan inteligencia, pero modificamos sus ideas para que permanezcan fieles a nuestros propósitos. Un día, querido James, el mundo será completamente nuestro".

Una oleada de felicidad recorrió el cuerpo de mi vecino produciéndome a mí el mayor desprecio posible. Afortunadamente, en ese momento el efecto del suero se pasó. Me encontré tirado en mi habitación cubierto de sudor. Me senté en la cama sin saber qué hacer con lo que había averiguado. Tras un buen rato de reflexión, decidí que no contaría nada a nadie, pues si lo hacía acabaría

como esa mujer. Por eso no debes de decir nada, Isabelle, por favor.

—No te preocupes, no diré nada. Ni tú tampoco dirás nada más jamás.

Levanto la cabeza al tiempo para ver lo evidente. ¿Cómo no me había dado cuenta? La piel perfecta, si lo pienso bien, nunca la he visto sangrar y está bastante pálida, lo que me indica que no tiene sangre en la cara. Y el tic... en realidad es el rudimentario parpadeo de un androide muy semejante a los humanos reales. Isabelle esboza la sonrisa más inhumana que he visto en mi corta vida, porque tengo claro que no veré un nuevo amanecer.

—¿Quién iba a decir que un niño como tú sería capaz de desentrañar esos secretos? Suerte que no lo has ido publicando... —Según habla, más androides, no tan perfectos como ella, van rodeándome—. Pero no podemos fiarnos de que vayas a guardar el secreto. ¿Vendrás con nosotros?

Salgo corriendo, pero apenas he avanzado unos cuantos metros cuando noto que algo me coge de la camisa y tira me mí hacia atrás. Intento debatirme, pero no me sirve de nada. Un golpe en la cabeza hace que unos

puntitos negros aparezcan en mi campo de visión. Los puntitos van aumentando y todo se vuelve oscuro.

"Apenas me quedan unas horas para morir", pienso antes de que la oscuridad me suma en un profundo sueño del que, o bien no despertaré, o bien me despertaré en una sala blanca para ser transformado en un androide semihumano.



*Junio 2014*



